

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA

**José María de Pereda
y su tiempo**

le deseo
pártale
una comuni-
cación de 1
años
- Pereda

José María de Pereda y su tiempo

José María de Pereda y su tiempo

por

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA

Correspondiente de la Real Academia de Doctores
y Cronista Oficial de Santander

SANTANDER

2003



*A la memoria de
María Fernanda de Pereda y Torres Quevedo.*



«El grande amor a la patria común tiene todas sus raíces y sus elementos nutricios en el entusiasmo por la patria chica; que no puede ser ciudadano de ningún Estado quien no repute a su terruño natal, por pobre y mísero que sea, por el mejor retazo del mundo conocido».

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

Introducción

De todos los escritores de Cantabria, ha sido José María de Pereda el más considerado y conocido hasta el punto de que en su tierra natal llegó, incluso, a superar en bibliografía, en algunos momentos, a Menéndez Pelayo. Tras su muerte, la vida y la obra del novelista de Polanco siguió suscitando la curiosidad y admiración de sus paisanos, aunque no pudo librarse de que la crítica le calificara con determinados estereotipos en favor o en contra suya.

A los pocos días de su fallecimiento apareció el opúsculo titulado *Apuntes para la biografía de Pereda* (Santander, mayo 1906), redactado por un grupo de amigos íntimos, colaboraciones de sumo interés, aunque no aparezcan, a veces, detalles que precisaban una mayor puntualización o los informes se ofrecieran siempre desde una perspectiva amistosa, libre de censuras.

En 1919, José Montero publicaba la que podemos considerar la segunda biografía del novelista, si bien es difícil admitirla como tal, al no incluir aspectos importantes de la vida de Pereda y tratar más bien glosas y comentarios de carácter periodístico sin incluir notas ni aparato bibliográfico. Mayor importancia tuvo el estudio de José María de Cossío sobre la obra literaria del autor de *Sotileza*, editado en 1934 por la Sociedad Menéndez Pelayo, donde se incluían algunos aspectos sobre la vida del escritor de Polanco que luego pasaron, en parte, al estudio

preliminar de las *Obras Completas* publicadas por la editorial Aguilar. Estos estudios, igual que el realizado por José F. Montesinos, *Pereda o la novela idilio* (1969), supusieron un avance fundamental en el conocimiento de la producción literaria de Pereda y no tanto desde el punto de vista biográfico. En 1944, Ricardo Gullón escribió una nueva biografía en la que recogía datos procedentes de la fuente oral, libro útil en su época, pero ya desfasado al no contener información documental y tampoco notas ni bibliografía. Daniel Carracedo publicó en 1964 un esquema biográfico sobre Pereda con estudio y antología, obra de contenido y valor pedagógicos. En cambio, merecen destacarse, desde el punto de vista biográfico, los epistolarios de Pereda a Laverde, con introducción y notas de Anthony H. Clarke, y las cartas de Pereda a José María y Sinforoso Quintanilla, anotadas por Concepción Fernández-Cordero y Azorín, en las que encontramos abundantes datos que el novelista de Polanco proporcionó a Gumersindo Laverde, desde octubre de 1864 a octubre de 1890, y en las segundas a la familia Quintanilla, desde marzo de 1885 a octubre de 1901 para José María, y de abril de 1891 a abril de 1899 las dirigidas a su tío Sinforoso.¹

Las tesis doctorales de los profesores Jean Le Bouill y José Manuel González Herrán en 1980 y 1982, respectivamente, han constituido las aportaciones más serias y rigurosas al conocimiento de la obra perediana con abundante información que se refería también a aspectos de la vida del escritor. La primera permanece inédita, si bien existe copia en la Biblioteca Municipal de Santander. En cambio, la de José Manuel González Herrán fue publicada en 1983 por el Ayuntamiento de Santander.² En 1991 emprendimos nosotros la tarea de solapar en un nuevo libro ilustrado, de carácter biográfico, la vida, obra y el ambiente histórico en que transcurrió la existencia del escritor entre Santander y Polanco.³

El hecho de que las novelas de Pereda se hayan perpetuado en las colecciones de Espasa-Calpe indicaba que no era un autor muerto ni olvidado del público. Todavía el profesor Juan Luis Alborg se ocupó

¹ CARRACEDO, Daniel: *Pereda. Estudio y Antología*, Madrid, Compañía Bibliográfica Española, 1964. Para las «Cartas de Pereda a Laverde», ver *Bol. de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, Santander, enero-diciembre de 1991, pp. 157-270. Para el epistolario a los Quintanillas, ver el *Bol. Biblioteca M. P.*, XLIV, 1968, pp. 169-304 y 305-327.

² LE BOUILL, J.: *Les tableaux de moeurs et les romans ruraux de José María de Pereda. (Recherches sur les relations entre le littéraire et le social dans l'Espagne de la seconde moitié du XIX siècle)*. Thèse pour le Doctorat d'Etat présentée à l'Université de Bordeaux III, Institut d'Etudes Ibériques et Ibéro-Americanas. Ejemplar inédito depositado en la Biblioteca Municipal de Santander. De José Manuel González Herrán, ver *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo*, Colección «Pronillo», Santander, Ayuntamiento de Santander, 1983.

³ MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito: *José María de Pereda. Biografía de un novelista*, Santander, Ediciones de Librería Estudio, 1991.



extensamente de nuestro autor, con un nuevo enfoque, al tratar la novela realista en el tomo V de su *Historia de la Literatura española* (Madrid, 1996). Últimamente, el profesor Enrique Rubio Cremades ha sacado en la Editorial Castalia (2001) una monografía de especial interés por ofrecer un panorama crítico actualizado con las últimas aportaciones sobre la novela realista-naturalista española, ensayo donde se ocupa de Pereda.

Pero podemos preguntarnos: ¿por qué nos interesa la vida de un escritor que apenas se aparta de la monotonía cotidiana? Si la vida no conduce a esclarecer la obra del personaje, que es lo que importa, se convierte la mayoría de las veces en mera anécdota o sólo en una curiosidad para el que se acerca a admirar su producción literaria. Ahora bien, si la biografía descubre aspectos de esa obra (escenarios, motivaciones, modelos, influencias de otros escritores, lecturas, etc.), entonces contamos con un material que resulta utilísimo para poder penetrar en la génesis y el conocimiento de la producción escrita.

Actualmente han quedado atrás aquellas biografías literarias con interesantes diálogos inventados, supuestos retratos de los familiares y maravillosos decorados ambientales del paisaje. Como dice Juan Ángel Juristo «nos encontramos lejos, pues, de las biografías literarias tan en boga en los años treinta realizadas por franceses y alemanes en las que se recreaba una vida con unos cuantos datos de difícil comprobación dando lugar a unas recreaciones más acordes con la ficción que con la supuesta *objetividad* de las ciencias humanas».⁴ Por el contrario, cuando se trata de biografías del pasado, podemos conocer la vida de una persona casi día a día gracias a los epistolarios, diarios o notas personales. La biografía, como se ha dicho, debe ser cronología, precisión y objetividad. Es historia y también literatura, pero no ficción, porque entonces se convierte en novela. Todo personaje por gris que sea tiene biografía, pero la de unos es más interesante que la de otros. El arte de contarla con rigor y atractivo literario hace que sea o no modelo de biografía y puede y debe también contener conjeturas, críticas o escla-

⁴ JURISTO, Juan Ángel: *Ajó-blanco*, núm. 47, Barcelona, diciembre de 1992.



recer aspectos olvidados o silenciados. Y si, además, nos ilustra o retrata al personaje y las circunstancias familiares e, igualmente, los lugares y las opiniones de los coterráneos sobre el protagonista, se convierte entonces la biografía en una obra científica que ayuda al historiador y al literato. El biógrafo debe ser juez, pero no abogado ni fiscal que seleccione únicamente lo que le conviene, sea favorable o negativo, por circunstancias personales o fobias hacia el autor que estudia. Entonces la muestra no es válida y se transforma en propaganda. Por ello se hace necesaria la apoyatura documental que debe ir unida a sus escritos que muestran igualmente su personalidad. Sin la consulta, por ejemplo, de los epistolarios, las biografías pierden una de las mayores fuentes de información. Son testimonios íntimos más veraces, cuando van dirigidos a otras personas, que las manifestaciones públicas escritas, cuando hay compromisos.

En el caso de Pereda existen claroscuros en su biografía, más abundantes en su personalidad y en las motivaciones de su comportamiento, que en detalles de su vida. La niñez suele ser poco rica en acontecimientos y, por ejemplo, no suele resultar fundamental a la hora de explicar una obra. No ocurre igual con el ambiente familiar, imprescindible para conocer sus costumbres y cómo fueron sus primeros años. Del padre del escritor de Polanco tenemos también pocos datos, aunque es fácil deducir, a través de ellos, su papel en la familia. Fue, seguramente, un hombre del campo dedicado a la agricultura y la ganadería para poder sacar adelante a su numerosa descendencia. Tiene mayor interés su posible vinculación, al menos afectiva, a un tradicionalismo carlista de origen familiar, con lo que ello significó en la formación política de su hijo. Respecto al viaje del escritor a París creo que lo que allí hizo fue muy circunstancial y sabemos ya bastante por lo que él mismo contó, e igual ocurrió cuando fue a visitar al pretendiente carlista don Carlos de Borbón a Vevey, en Suiza, acompañado de su amigo Fernando Fernández de Velasco, donde, por cierto, no les prestaron demasiada atención.



En cuanto a sus obras, conocemos por quién se publicaron las primeras ediciones, tanto en Madrid, en su mayor parte, como mínimamente en Santander y Barcelona, pero desconocemos las características de los contratos y las que fueron editadas a sus expensas. De *Escenas montañesas* (1864), *Tipos trashumantes* (1877) y la nueva edición de *Escenas* (1877), él mismo confiesa que se publicaron por cuenta suya, pero ignoramos las condiciones en que se realizaron las restantes, aunque las impresas por M. Tello, ya una vez consolidado como escritor, sabemos que le proporcionaron bastante dinero.

La consulta de nueva documentación procedente de archivos y epistolarios inéditos, sí puede aportar todavía algunos detalles curiosos, pero creo que en lo fundamental conocemos ya bastante de la vida de José María de Pereda. Faltan no obstante de publicar las cartas de algunos autores con las impresiones que le manifestaron al novelista sobre algunas de sus obras principales.

En general, podemos decir que su vida fue bastante gris y anodina, sin grandes acontecimientos, de no ser la muerte trágica de su hijo. Por esta razón, al escribir este bosquejo biográfico, nos ha parecido de mayor interés explicar los escenarios, la época, las amistades e influencias literarias, etc., con preferencia a la propia obra, ya tratada en diversas monografías. Respecto a los valimientos personales, es posible que, sin la tutela de su hermano Juan Agapito o de Marcelino Menéndez Pelayo, la proyección literaria perediana hubiera sido muy diferente. Del mismo modo, su amigo «Pedro Sánchez» le prestó una apoyatura crítica con sus artículos que sirvieron de anuncio y propaganda a las principales obras del escritor.

Al cerrar esta introducción, quiero dejar patente mi agradecimiento a la Corporación Municipal de Polanco por haber aceptado que, a través del Concejal de Cultura, llegara este estudio a todas aquellas personas interesadas en mantener vivo el recuerdo de Pereda. Su alcalde, Miguel Ángel Rodríguez Saiz, admitió la sugerencia de que fuera una edición ilustrada con grabados y fotografías para que, de esta

manera, resultara del agrado de los vecinos y, sobre todo, de la juventud de Polanco. En el patrocinio del libro ha prestado su generosa colaboración, en favor de la Cultura, la empresa SOLVAY QUÍMICA, S. L., a cuyo Consejo de dirección agradecemos su decidido y esforzado interés para que esta biografía de Pereda se pueda difundir entre los lectores de Cantabria.

Finalmente debo hacer constar que las ilustraciones proceden de mi archivo fotográfico sobre Pereda, de la colección de Duomarco y otras se deben a la generosa colaboración de Juan Carlos Pascual. Ángel Trujillano se prestó amablemente a escanear y limpiar el material fotográfico. Vaya también para los dos mi mayor reconocimiento.

El escenario

En los setenta y tres años que vivió Pereda fue testigo de los hechos históricos ocurridos en Santander y su provincia en los dos últimos tercios del siglo diecinueve y en poco más de un lustro del siguiente. En este tiempo conoció los acontecimientos más importantes acaecidos durante la Restauración, de los que dio fe, como autor, al recoger en sus libros una forma de vida social y política y unos personajes de ficción acordes con la época. Menéndez Pelayo llegó a decir que fue el descubridor del oscuro rincón que era entonces la Montaña.

Los escenarios desde los que presenció estos hechos fueron el pueblo de Polanco, lugar de su nacimiento, y Santander donde vivió a partir de 1843 sin que por ello dejara de pasar largas temporadas en el citado pueblo, sobre todo en la época estival.

Cuando nace el escritor, el municipio de Polanco estaba compuesto de cinco barrios o aldeas llamados: Mar, Polanco, Posadillo, Ramera y Soña, que lindaban con los términos de Cortiguera, Bárcena, Cudón, Hinojedo, Rumoroso y Torrelavega. A efectos administrativos y judiciales, Polanco dependía en gran parte de esta última localidad, villa entonces comercialmente próspera a la que acudían con frecuencia los vecinos de los pueblos colindantes. En el barrio de Polanco, situado sobre una llanura, estaban instalados el ayuntamiento, la escuela elemental y la

iglesia parroquial de San Pedro Advíncula. En el de Ramera, hoy Rinconeda, el puerto de Requejada tenía un cierto desarrollo comercial como vía exportadora principalmente de los productos de la Real Compañía Asturiana de Minas.⁵ Según nos ilustra Pascual Madoz en su *Diccionario*, a mediados del siglo XIX todo el municipio estaba compuesto por 170 casas, aparte de la consistorial, tres ermitas y varias fuentes de agua potable. La aldea de Mar, situada junto al camino real de Santander, poseía un palacio y una capilla dedicada a San José. La de Posadillo está en la falda de un monte y la de Ramera a orillas del río Saja. Finalmente, el pueblo de Soña, junto a Posadillo se caracterizaba entonces por la abundancia de árboles frutales.

Algunos de los ascendientes más lejanos de Pereda descendían de Rumoroso, ayuntamiento entonces del valle de Piélagos, pueblo con escuela, iglesia parroquial y dos ermitas. Cuenta Madoz que en su término hay un pozo llamado Tremeda o Tremeo, actualmente en estudio, lago natural que dice este autor servía a los vecinos para conocer las variaciones atmosféricas, ya que al echar un objeto o rama flotante se dirigía cuando hacía buen tiempo hacia el NE y era malo si tomaba otra dirección. Las producciones agrícolas eran las mismas que las de Polanco. Actualmente está incorporado a este Ayuntamiento.

En este lugar transcurrieron los primeros años del novelista al estar allí su casa natal, construida en 1766, que describe en *El sabor de la tierruca* como «grande, de larga solana y amplísimo soportal de grueso poste en el centro; cuadras adyacentes, cobertizos inmediatos, huerta al costado, y todo lo de rigor y carácter en estas viviendas de *ricos de aldea*».⁶



Casa natal de la familia Pereda.

⁵ SÁNCHEZ LANDERAS, José Luis: *Polanco en su historia*, Torrelavega, Ayuntamiento de Polanco, 1999.

⁶ O. C., I, Aguilar, 1974, p. 1.277. En lo sucesivo citaremos por esta edición de las Obras Completas.



Edificio de la cochera.

mentos, se vincularon a la burguesía comercial santanderina.

Enfrente de la casa estaba la cochera donde se guardaban los coches y los arreos de las mulas, con los que se desplazaban a los pueblos inmediatos. Tenía tres cuerpos y dos alturas y la parte superior sirvió de vivienda para los criados.

En 1872, tras la herencia recibida a la muerte de su hermano Juan Agapito, el escritor construyó en el prado Trascolina, próximo a la casa familiar, otra de gran porte, con tres plantas, que llamaba la atención por su modernidad y belleza. Estaba dotada, entre otras prestaciones, de capilla, un piso para el servicio, lavadero y baño. En ella instaló el escritor su despacho en el que escribió una buena parte de sus obras.

En su novela *Pedro Sánchez* cuenta cómo fueron sus primeros años en Polanco, reflejo casi exacto de los del personaje; sus juegos y lecturas y el aprendizaje de las primeras letras. De nuevo vuelve a sacar a su aldea, esta vez con el nombre de Cumbrales, en *El sabor de la tierruca*, vista desde el campanario de la iglesia que le permitía apreciar una extensa vega y el paisaje del entorno, «pueblo —como él dice—, de

La vida entonces de sus habitantes, entre los que estaban los familiares del escritor, era la propia de los aldeanos dedicados a la caza, la pesca en la ría y a las faenas del campo y la ganadería. Pertenecientes a una familia hidalga numerosa, integrada en los modelos del Antiguo Régimen, se dedicaron a la explotación del ganado vacuno, lanar, de aves de corral y al cultivo de las tierras, algunas explotadas o arrendadas en aparcería. Fueron los tres hijos varones los que después, de algún modo y en diferentes mo-

labradores montañeses, con sus casitas bajas, de anchos aleros y hondo soportal; la iglesia en lo más alto, y tal cual casona, de gente acomodada o de abolengo, de larga solana, recia portalada y huerta de altos muros». ⁷ Una vez más sale su pueblo en *La puchera* y el puerto natural de Requejada (Arcillosa en la novela), situado en la Ría de San Martín de la Arena. Ello le da pie para describir las prácticas de la pesca y el marisqueo que suponían una ayuda económica complementaria a los lugareños, ya que el principal modo de vida estaba, como hemos dicho, en el laboreo de las tierras, productoras de maíz, alubias, patatas, legumbres, etc., y en la explotación del ganado. La actividad familiar de los Pereda con animales de crianza y trabajo, tierras propias y otras en arriendo o aparcería fue el procedimiento común de vida, dedicados sus miembros a la comercialización del ganado vacuno y la compra y venta en las ferias, con viajes frecuentes a Torrelavega e, igualmente, realizaban la crianza y matanza anual del cerdo, etc.

Como hemos dicho, en 1843 la familia Pereda, ya reducida y liberada por casamiento o independencia de los hijos mayores, se traslada a Santander, quizá por sugerencia del hijo primogénito, consejero de sus padres.

La visión que nos ofrece el escritor de la ciudad, anterior y posterior a la mitad del siglo es limitada y tan sólo tiene valor costumbrista, tal como puede verse en *Tipos y paisajes* («Pasacalle», «Los baños del Sardinero») y en *Esbozos y rasguños* («El primer sombrero», «Reminiscencias», etc.). Más tarde vuelve a salir el Santander de su niñez en *Sotileza*, y la provincia con sus hábitos y costumbres en casi toda su obra, en la que hallamos información sobre bodas y entierros, persona-



Última casa de Pereda construida en el prado Trascolina.

⁷ Ibídem, p. 1.269.



Despacho del novelista en Santander.

jes populares, fiestas pueblerinas, vestimenta, calendario de trabajos anuales, etc. A pesar de esa limitación contiene datos útiles para poder reconstruir y ofrecer una visión de las formas de vida y del veraneo en diferentes épocas. Son recuerdos de antaño que le llegan al escritor de un Santander sin fondas en el Sardinero (la primera se inauguró en septiembre de 1849), sin tranvías urbanos (la concesión del tranvía de Santander al Sardinero, de tracción animal, tuvo lugar en enero de 1873) y sin que la provincia contara con el ferrocarril que se inaugura en 1852. En 1845 había tenido lugar la concesión de la línea del ferrocarril Alar del Rey-Santander al Marqués de la Remisa y cuatro años más tarde se traslada la concesión a la Compañía de Isabel II, de la que formaron parte prestigiosos comerciantes de Santander.

Terminada la guerra de Independencia, en los años posteriores, se impuso la moda francesa en las costumbres e, incluso, en la comida y en el vestir. Así, los santanderinos comienzan a utilizar el *surtout*, el sobretodo español,

una prenda amplia que se colocaba o ponía por encima de los otros vestidos y la *tuina* «de mezclilla verdosa, prenda recién introducida en la indumentaria al uso», como comenta Pereda. Igualmente aparece el *foulard* o pañuelo para el cuello. Las «madamitas», como las llama el novelista, se cubrían con la *escofieta* o tocado de gasa. Del mismo modo, supuso entonces una novedad alimentaria la sopa a la *ubada* y el postre de compota.⁸

En *Sotileza* nos describe así la vestimenta festiva, de entonces, de personajes como Pedro Colindres, el celebre capitán de la *Montañesa* y la de su mujer:

«Había ido a misa de once *del bracete* de su marido, con vestido de gro negro, chal de Manila, mantilla de blonda, abanico de nácar y mitones de seda calados. Él con levita y pantalón de paño negro

⁸ Sobre la influencia francesa en las formas de vida españolas puede verse la relación que hace Pérez Galdós en *La de Bringas* (Madrid, Alianza, 1992, pp. 126, 137-38).

finísimo, con trabillas de botín, chaleco de raso sobre el cual serpenteaban dos enormes ramales de la cadena de oro de su reloj; chalina de seda, de cuadros oscuros, con dos alfileres de brillantes, unidos por una cadena de oro; sombrero de copa, muy reluciente; botas de charol y guantes de seda de color de ceniza».⁹

En *Escenas montañesas* refiere, a su vez, el equipaje bien modesto que llevaban los jóvenes emigrantes a América, la vestimenta de un marino de aquellos tiempos y el traje ordinario y de fiesta de los mareantes. Pero el estudiioso costumbrista de nuestros días puede también encontrar otros datos, como decimos, sobre la vivienda de la población pescadora, las formas de pesca, las diferentes costeras, etc.

Cuando se cumple la mitad del siglo, el escritor señala que «empezaron a transformarse radicalmente las costumbres populares de Santander». Es una fecha que marca frontera en la evolución social, económica y cultural de la capital y su provincia, en torno a dos núcleos geográficos de relieve mercantil, localizados en Santander y Torrelavega; a través del puerto, en el primer caso, y del despertar fabril y ganadero de la villa principal en el segundo, con una interesante representación de mercaderes y comerciantes.

A raíz de la muerte de Pereda, se establece en Torrelavega en 1906 la empresa Solvay y Cía., que utilizará para sus productos los depósitos de sal de Polanco. Como dice José Ortega, su presencia en Cantabria inicia la industria química de base en la región, lo que constituyó «símbolicamente una revolución».¹⁰

El año anterior a la llegada de Pereda a Santander, tenía la ciudad 18.113 habitantes y en 1851 había ascendido a 20.101 almas, cifra que contrasta con la demografía en los años primeros de la centuria, con tan solo 10.000 personas.



Edificio del Consistorio en la Plaza Vieja.

⁹ *Sotileza*, edición, notas y apéndice por José Simón Cábarga, Santander, Diputación Provincial, 1977, p. 118.

¹⁰ *Cantabria 1886-1986. Formación y desarrollo de una economía moderna*. Santander, Estudio, 1986, p. 182.



Ábside de la Capilla de las Clarisas,
según R. Cuetos.

En efecto, mediado el siglo, la ciudad se trasforma ostensiblemente a raíz del relleno de la marisma de Maliaño y la concesión, al año siguiente, de la zona y los muelles a una sociedad comercial santanderina. Pero es en 1853 cuando se otorga a Emilio Wissocq la construcción de los citados muelles y Máximo Rojo proyecta la mejora del puerto de la ciudad.

Cuando escribe «Pasacalle», en 1870, refiere en un recorrido por la ciudad cómo era aquel Santander cuando ya se había inaugurado la línea completa Santander-Alar. Para ello comienza por la calle de la Compañía y describe la Plaza Vieja y el consistorio con tres escudos de armas en la fachada; recuerda la tertulia que se celebraba en la librería de Severo Otero y en su recorrido solía cruzarse con las mozas que llevaban la herrada con el agua de la fuente próxima y escuchar a los cantantes ciegos callejeros. Después nos conduce hasta la calle de San Francisco, «por la cual discurrían los elegantes de entonces» y por donde la gente paseaba y se distraía contemplando los escaparates. Otro lugar de paseo era la Alameda, sobre todo cuando había exposiciones, y el Sardinero en verano cobraba animación durante sus fiestas.

Las contadas distracciones de la pequeña ciudad se limitaban a los bailes de campo, algún concierto de música en la plaza y a presenciar las actuaciones de las escasas compañías teatrales que acudían por temporada y a cuyas representaciones fue tan aficionado Pereda.

Los barrios pescadores carecían de las más elementales medidas de higiene con casas sin bajadas de agua, ni alcantarillas adecuadas y con una población en su mayoría analfabeta.

No muy lejos estaba la calle de Santa Clara, donde se alzaba el Instituto de Segunda Enseñanza, en el que se iniciaron y presintieron, como dijo Amós de Escalante, las vocaciones de sus coterráneos. Aquí encontraron las inteligencias cántabras un plantel de profesores forma-

dores de sucesivas generaciones de jóvenes que se preparaban en el Instituto, bien en el centro de los Escolapios de Villacarriedo, bien en los colegios y academias que, con el tiempo, se fueron incorporando a la enseñanza oficial. Era conocida, además, la calle de Santa Clara por la abundancia de mesones, de los que ya se citan cinco en las Respuestas Generales de 1753 en el Catastro de Ensenada. Los arrieros que la frecuentaban ataban sus caballerías en las argollas existentes cerca de los mesones, por lo que la alcaldía se vio obligada a publicar un bando prohibiendo herrar, atar o tener allí animales que impidieran el tránsito por las aceras.

Era entonces tan reducido el perímetro de la ciudad, en gran parte ocupado todavía por prados y huertas, que, como decía el escritor, la distancia más larga desde el centro de Santander al campo se andaba a pie en diez minutos.¹¹ Debido a ello el joven Pereda pudo conocer los barrios que pertenecieron a la nueva y a la vieja puebla, frecuentar las Dársenas, grande y chica (de esta última se autorizó su relleno en 1860) y llegarse hasta el muelle de las Naos («*Anaos*», en el *argot* popular), poblado entonces únicamente de «barracas hediondas» y «teatro de sus proezas infantiles». Allí —escribe— se «corría» la cátedra; allí se verificaban nuestros desafíos «a trompada suelta»; allí nos familiarizábamos con los peligros de la mar; allí se desgaraban nuestros vestidos; allí quedaba nuestra roñosa moneda, después de jugarla al *palmo* o a la *rayuela*.¹² Este será el escenario donde sitúa al raquero. En su recorrido llega andando hasta la cuesta de Garmendia y desde su cúspide, que se sube penosamente, dice que se divisaban las luces de la calle del Correo y enfrente, a lo lejos, la línea de árboles del paseo del Alta. Desde este observatorio se llegaba en pocos minutos a la calle Alta, «venerable resto de la primitiva Santander: desvencijado, vacilante y hediondo albergue de los mareantes del *Cabildo de arriba*».¹³ En ella menciona los tres lugares más sobresalientes: la cárcel de Santa María Egipciaca, el Hospital y el cementerio de San Fernando.

¹¹ O. C., I, p. 307.

¹² «El raquero», Ibídem, p. 161.

¹³ «Pasacalle», Ibídem, pp. 472-474.



Román, el bañero de Ubiarco.

En la Cuesta del Hospital vivían entonces numerosos artesanos y gente con oficios diversos, como cocheros, zapateros, barberos, costureras, cigarreras, tenderos, etc., junto con criadas y doncellas. Escasamente aparecen propietarios, como era el caso del padre de Pereda o estudiantes, como era el de su hijo, y, del mismo modo, algún empleado o escribiente. Igualmente no figuraba como una calle donde se asentara fundamentalmente la población marinera, aunque en los padrones de esa época,¹⁴ se consigna la presencia en ella de algunas familias de marineros, que estaban en su mayoría localizadas en las calles del Medio, del Mar, del Arrabal y del Arcillero, en el caso del Cabildo de Abajo, y, en la calle Alta, las del Cabildo de Arriba. Las casas en esta última eran como una colmena y Pereda las describe a modo de «carcomidos palomares», donde la gente se hacinaba en buhardillas, bodegas y habitaciones, tal como lo refiere en el citado artículo de *Tipos y paisajes*: «Por esta derrengada escalera se sube al primer piso, en el cual vivirán, por lo menos, dos familias, y continuará la escalera hasta el segundo, y allí se cobijarán sabe Dios cuántos individuos; y se ramificará hacia arriba y hacia abajo, y hacia la derecha y hacia la izquierda, y en todos los pisos hasta el quinto, y en todos los cabretes y rincones, y en las buhardillas y hasta en los balcones, habitarán pescadores oprimidos, sin luz, sin aire y sin penas felizmente, pues a tenerlas, producidas por la idea de su condición, no las sufrieran vivos muchas horas».¹⁵ Esta exacta descripción la vuelve a repetir en el capítulo tercero de *Sotileza*, donde apunta que «no vivían mejor los inquilinos de las casas contiguas y siguientes, ni los de la otra acera, ni todo el Cabildo de Arriba... Lo propio sucedía en el de Abajo, en las calles de la Mar, del Arrabal y del Medio».¹⁶ Por los padrones municipales de 1839 y 1840 conocemos los apellidos de las familias marineras a las que se refiere Pereda: Polidura, Leal, del Solar, Ruesga, Camargo, Cavadas, Lavín, San Emeterio, Calderón, Candía, Torre, Begar, Cacho, etc. En el padrón se distingue entre marinera y pescadora e, igualmente, entre marinero y pescador. Bravo

¹⁴ Padrón del distrito núm. 3, año 1846, legajo 26, núm. 392.

¹⁵ «Pasacalle», p. 478.

¹⁶ Ob. cit., p. 52.

Tudela mencionaba en el siglo XIX los siguientes tipos de población mareante: «la de los *marinos y pescadores*, y la de las mujeres que se consagran a las faenas del puerto, y a quienes se designa con el nombre común de *marineras*».¹⁷ De Carpia hija, dice Pereda que tenía de oficio el de sardinera.

En 1882 la calle se dividió en tres partes llamadas: Alta, Menéndez de Luarca y Calzadas Altas. Al año siguiente, se demolieron algunas de las casas más antiguas. Dice José del Río Sainz,¹⁸ que en el número 9 vivieron Mechelín, tía Sidora y Sotileza. En el número 14, también derribada por el alcalde Villa Ceballos, estaba la taberna del tío Sevilla, lugar próximo a donde se celebraban las sesiones del Cabildo en una antigua casa de la calle Alta. Era ésta muy bullanguera, sucia y maloliente. Las fiestas de su patrono San Pedro se celebraban con hogueras y peleas, bailes al son del tamboril, gaitas y violines y con la suelta del «novillo de cuerda» el día del santo. Especial relevancia tenía la regata en la que participaban los dos Cabildos.

En los barrios de los mareantes abundaban los niños que tenían la calle por escuela, chicos con edades comprendidas entre los seis y los doce años, que no asistían a las clases y vagabundeaban en pandillas, lo que promovió, para evitarlo, un bando del alcalde Juan de la Pedraja en 1844. Pereda distingue claramente estos muchachos de los raqueros, de los que dice: «En la mar y en el terreno que le pertenece no hay más cheche que el raquero, con el cual no puede competir». Andaban estos por el puerto dedicados con frecuencia al hurto y a la rapiña para terminar formalizando su situación embarcados o conducidos, en el peor de los casos, al penal de la Carraca. En su mayoría lograban colocarse como marineros en los botes de servicio público u ocupaban plaza en alguna lancha pescadora.



Bajo donde vivió Sotileza en la calle Alta.

¹⁷ BRAVO TUDELA, A.: *Recuerdos de la villa de Laredo*, Madrid, 1873. Reeditado por el Ayuntamiento de Laredo en 1968, p. 199.

¹⁸ «Aire de la calle», *La Voz de Cantabria* del 7 de abril de 1936.



EL RAQUERO.

(CUADRO DEL PAÍS.)

I.

Antes que la moderna civilización en forma de locomotora asomára las parices á la puerta de esta capital; cuando el alípedo génio de la plaza, acostumbrado á vivir como la píndola de un reloj, entre dos puntos fijos, perdía el tino sacándole de una carreta ó de la bodega de un buque mercante; cuando su enlace con las artes y la industria le parecía una utopía, y un sueño el poder que algunos le atribuían de llevar la vida, el movimiento y la riqueza á un páramo desierto y miserable; cuando desconociendo los tesoros que germinaban bajo su estéril caducio, los cotizaba con dinero encima, sin reparar que sutiles zahories les atibaban desde estranñas naciones y que mas tarde los habían de esplotar con tan pingüe resultado, que con sus residuos habría de enriquecerse él; cuando miraba con incrédula sonrisa arrojar pedruscos al fondo de la bahía; cuando, en fin, la aglomeración de estos pedruscos aun no había llegado á la superficie, ni él apercibido de que se trataba de improvisar un pueblo immense, bello y rico, el *Muelle de las Naos* era una región de la que se hablaba en el centro de Santander como de Fernando Poo ó del Cabo de Hornos.

Confinado á un extremo de la población y sin objeto ya para las faenas diarias del comercio, era el basurero, digamos así, del muelle nuevo y el hospital de sus despojos.

Muchos de mis lectores se acordarán, como yo me acuerdo, de su negro y desigual pavimento, de sus edificios que se re-

El muelle de las Naos, como hemos dicho, fue testigo de las correrías de estos mozalbete desocupados que tenían su sede en las inmediaciones del puerto y cuya tradición provenía de los habitantes de la costa dedicados al *raque*, a recoger los restos que arrojaban al mar los naufragios en ciertas zonas del litoral cantábrico. En estas eran frecuentes los accidentes marítimos, como en el peligroso banco de las Quebrantas, en cuya proximidad vivían los «rapaces costeños» que «ponían una vela a la Virgen de Latas siempre que había temporal para que fueran hacia aquel lado los buques que abocaran al puerto».¹⁹

Los marineros de la calle Alta tenían su propio atracadero para las embarcaciones en el llamado fondeadero de El Dueso, al pie de la muralla en la zona del Paredón, en donde celebraba al aire libre sus reuniones el Cabildo de Arriba o en la citada taberna del tío Sevilla.

¹⁹ *Sotileza*, ob. cit., p. 39.

La pesca se efectuaba de la mañana a la noche en lanchas o chalupas sin cubierta. Embarcaciones de este tipo resistían malamente el temporal, por lo que fueron frecuentes los desastres ocasionados por las habituales galernas que se presentaban al producirse una repentina virazón del viento Sur al Noroeste.

Las costeras más frecuentes y productivas eran las de la sardina en verano, otoño y parte del invierno; las del chicharro y el besugo en diciembre, enero y febrero; las de la merluza y el congrio, en marzo, abril y mayo, y la del bonito en los meses de julio a septiembre. Para ello utilizaban artes de malla y aparejos como el palangre y el curricán. Pereda alude a los cordeles utilizados para la pesca de la merluza «a la línea», al palangre para el besugo y a las cuerdas del bonito que se pescaba a la *cacea* «a todo andar la lancha a la vela». La merluza se capturaba al «garete», con la lancha parada y a cien brazas de profundidad. Se refiere también a los trasmallos para la sardina, a la pesca de maganos con «guadañeta» y al marisqueo y recogida de muergos y gusana para cebo en la bahía, en la que dice abundaban panchos y bogas.

Las juntas del Cabildo eran públicas y las dirigía el presidente y alcalde de mar al que se exigía, para ocupar el puesto, que supiese leer, escribir y contar. Estaba acompañado de los diputados y celebraba las sesiones e informaba a los asistentes de las cuentas e incidencias de la Cofradía, así como de los socorros a los más necesitados y a los matriculados comprendidos en la próxima leva. Los «claveros» o contadores se ocupaban del recuento del dinero depositado en la caja de caudales, donde se guardaba el dinero destinado también a entierros y



Muelle de la Rampa Larga, citada por Pereda en *Sotileza*.



Casa próxima al Paredón desde donde se presenciaban las reuniones del Cabildo (Dibujo de R. Cuetos).

y al tráfico con las Antillas y las colonias españolas de ultramar. Los almacenes de coloniales y los escritorios protagonizaban un comercio de importación y exportación de harina, azúcar, café y cacao. Pereda nos cuenta lo que tenía de acontecimiento la entrada procedente de América de algunos de estos barcos que congregaban a un numeroso público curioso:

«Porque en aquel entonces la entrada de un barco como la *Montañesa* de la matrícula de Santander, de un comerciante de Santander, mandado y tripulado por un capitán, piloto y marineros de Santander, era un acontecimiento de gran resonancia en la capital de la Montaña, donde no abundaban los de mayor bulto. Además, la *Montañesa* venía de la Habana, y se esperaban muchas cosas por ella: la carta del hijo ausente; los *vegueros* de regalo; la caja de dulces surtidos; el sombrero de jipijapa; la letra de cincuenta pesos; la revista de aquel mercado; las noticias de tal o cual persona de dudoso paradero o de rebelde fortuna, y, cuando menos, las memorias para media población y algunos indianos de ella, de retorno». ²¹

gastos de enfermedad. Entre los personajes subalternos estaban el linternero, los atalayeros y los vendedores. Los llamados cofrades de ventas tenían como misión anotar la pesca que llegaba al puerto y realizar las subastas y entregas. El avisador daba el grito de llamada para ir a la mar, que antaño realizaba el tamborilero y era el intraducible «¡Apuyáá!», sustituido después por el de: «¡A la mar...!». ²⁰

Junto con la flota pesquera y las embarcaciones de servicio de los muelles, estaba la del movimiento portuario formada por veleros, pataches, quechemarines y vapores dedicados al cabotaje

²⁰ POLIDURA GÓMEZ, Esteban: «Las cuentas del Cabildo de Arriba», en *Cosas de antaño*, estudio y recopilación de Ramón Villegas López, Santander, 1999, pp. 61-68.

²¹ Sotileza, ob. cit., p. 38.

Sus capitanes y pilotos, como Lorenzo Martínez Viademonte, que mandaba la corbeta «Esperanza»; Victoriano Pérez Vizcaíno, capitán del bergantín «Unión»; J. A. Bastarrechea, que lo era del bergantín-goleta «Joven Mario», Pedro Colindres, capitán de la «Montañesa», Nicolás Monterola, comandante del bergantín «Manzanares», o el profesor de la escuela de Náutica Fernando Montalvo, gozaban de un gran prestigio en la ciudad.

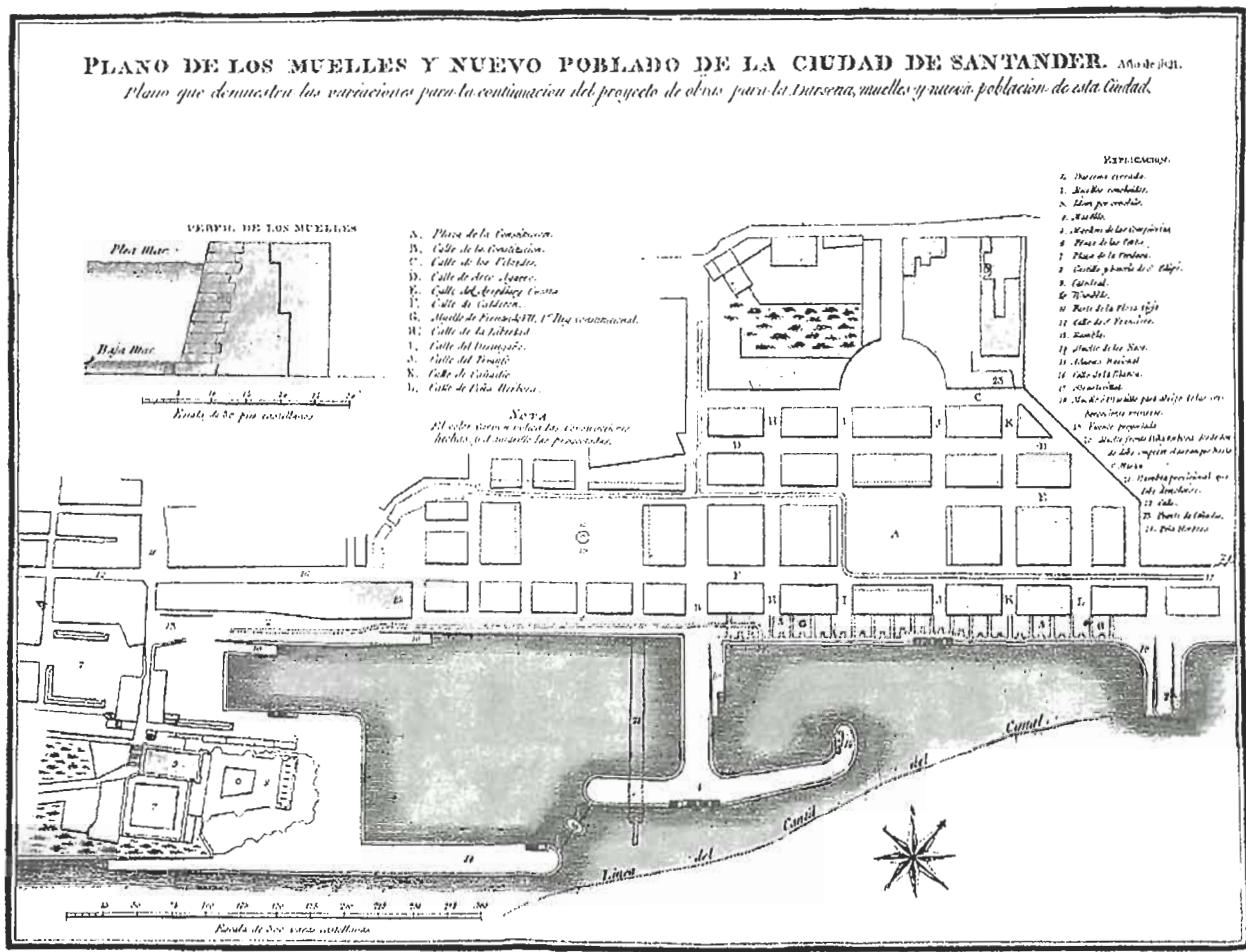
Junto al puerto era corriente ver los carros del país conduciendo sacos de harina y las mercancías que luego se transportaban hasta los barcos. Santander recordaba, como decía Beguin, una ciudad marítima francesa o inglesa a causa de su febril actividad desarrollada en torno al puerto y a su muelle, uno de los más hermosos de España a juicio de Madoz. Puerto natural de Castilla, exportaba trigo, maíz, aceite, etc., e importaba azúcar de Cuba o de Manila, cacao de Trinidad, pimienta y canela de Brasil, bacalao del Norte de Europa y de Terranova, sedería y cueros al pelo, etc. En los escritorios del Muelle estaban las Compañías Consignatarias donde se sacaban los billetes de los pasajes y en los almacenes, junto al puerto, los sacos de azúcar y cacao esperaban apilados su reenvío a los diferentes puntos de la Península. Junto al traficante de harina aparece el «cacatero», comerciante especializado en el tráfico de productos ultramarinos.

La revolución urbanística y portuaria cambió con los años la fisonomía de la ciudad. En 1871 el *Boletín de Comercio* recogía la noticia de figurar el Sardinero como playa de moda. Al año siguiente se creaba por Real Decreto la Junta de Obras del Puerto de trascendental importancia para la ciudad. Cuando Pereda escribe en 1876 *Tipos trashumantes*, el Santander de *Escenas montañesas* de 1864 quedaba en el recuerdo como algo ya lejano respecto a la visión de la ciudad, ahora con cerca de 40.000 habitantes, turismo y ferrocarril urbano. Pereda nos ofrece una nueva



Lorenzo Martínez Viademonte,
catedrático de Pilotaje y Maniobras.

PLANO DE LOS MUELLES Y NUEVO Poblado DE LA CIUDAD DE SANTANDER. Madrid, 1811.
Plano que demuestra las variaciones para la continuacion del proyecto de obra para la travesia, muelles, y nuevo poblado de esta Ciudad.



perspectiva de la capital en los meses de mayor afluencia de forasteros, como entonces se llamaba a los turistas que, procedentes sobre todo de Madrid y de Castilla, se acercaban a las playas de la ciudad a tomar los baños de ola. Pereda nos informa sobre estos baños, los lugares de alojamiento de los forasteros castellanos en el barrio de Miranda y cómo actuaban los bañeros. Sólo habían transcurrido doce años, desde la

aparición en las *Escenas montañesas* a la publicación en 1876 de los primeros *tipos*, descritos en *La Tertulia*, y en ese tiempo Santander presentaba ya una fisonomía urbana muy diferente. En junio de este último año se había inaugurado el servicio de tranvías de la ciudad al Sardinero, acogido con gran entusiasmo por el público. La elección de este lugar como enclave especialmente dotado para el veraneo se consolida este año con la reforma del alumbrado, la mejora de los paseos de la zona y la creación de la fonda de Pombo. La pequeña ciudad cobraba en el estío un ambiente especial con fiestas populares y espectáculos.

Ese verano hubo bastantes veraneantes que ocuparon fondas y casas de alquiler e incluso habitaciones los más modestos. Los visitantes, tal como apunta Pereda, iban al Círculo de Recreo y a presenciar la entrada de los vapores correos o hacían excursiones hasta el faro. En julio se celebraron corridas de toros y fiestas en la bahía (palo ensebado, el trapecio y las pipas vacilantes) y fue iluminada la Alameda. En el teatro se representaba *Sullivan* con una gran asistencia de público que frecuentaba también los bailes campesinos de «La Camelia», en el Sardinero, o iban a ver a la Fornarina en el Teatro Principal.

La visita de la Reina para tomar las aguas en el balneario de Ontaneda puso de moda el veraneo en Santander, al que acuden las familias principales de la alta burguesía, del comercio y de la nobleza, que se hospedaban en los hoteles y fondas del Sardinero. Eran estos establecimientos en 1876 el Hotel Barbotán, el Hotel Coterillo, el Gran Hotel Canales, el Gran Hotel de París y la Fonda Zaldívar. Los precios eran de cuarenta reales para las habitaciones de primera con vistas a la playa y de treinta para las de segunda. Los niños hasta siete años pagaban la mitad de precio y de veinte a veinticuatro reales los criados, según el cuarto que ocuparan y comiendo, eso sí, a segunda mesa. Entre los clientes de ese verano estaban Ramón de Campoamor, el Marqués de Gaviria, la Marquesa de Oliva, la de Zugasti y la de Grinón; el marqués de Novaliches con su familia; el Conde de Santa Olaya, la Marquesa del Nervión y familia, el Duque de Amodóbar con



Retrato de su época en París.

la suya, Federico Hoppe y acompañantes, etc. También vino a Santander por razones de salud el violinista Fernández Arbós. Muchos de ellos se alojaban en el Gran Hotel París y no les harían ninguna gracia las sátiras a políticos y barones que iban apareciendo en *Tipos trashumantes*. Como en su momento diremos, Pereda muestra siempre una animadversión hacia la clase de la alta burguesía, nobiliaria o enriquecida, a la que pinta como vanidosa, superficial y ridícula. No salen mejor parados los políticos y los representantes de la prensa.

Muchos años después, José del Río Sainz se pregunta si aquel regionalismo literario no resultó a la larga funesto para Santander «porque hizo cobrar a los santanderinos la aversión a lo extraño que aún perdura en nosotros».²² Esa animadversión perediana hacia Madrid y sus gentes no tenía, sin embargo, una causa justificada. Tanto durante el periodo en que se preparó para ingresar en la Academia de Artillería de Segovia, como cuando fue diputado a Cortes o miembro de número de la Real Academia

Española, sus experiencias de Madrid fueron siempre positivas y agradables. No ocurrió así con Andalucía, región que, según sus palabras, no entró nunca en él, lo que tal vez influyó en un prejuicio hacia sus paisanos, los «jándalos», que buscaban trabajo en aquellas tierras. En su obra literaria únicamente sale Madrid en *Tipos trashumantes*, en *Pedro Sánchez* y en *La Montálvez* y, en parte, con connotaciones negativas. Sólo reconoce a Madrid para sus ataques a la sociedad o en la descripción de la revolución de 1854. En ningún momento aparecen en estos dos últimos libros, a diferencia de en las novelas de Galdós, el comercio madrileño, las iglesias y conventos o los cafés y barrios típicos de la capital. En cambio, sí sintió una gran simpatía hacia Cataluña, lo que conocemos con detalle por sus visitas y relaciones con la intelectualidad catalana, si bien no aparece tampoco como lugar y escenario de su obra.

²² *La Voz de Cantabria*, 4 de octubre de 1927.

De las salidas del escritor al extranjero hay escasa información y sólo por unas cartas sabemos de su estancia en París y de su viaje a Portugal. Ni eso siquiera tenemos, en cambio, de su viaje a Vevey para ir a ver al pretendiente don Carlos cuando era el novelista miembro de la Junta provincial católico-monárquica de Cantabria. Pero es suficiente, ya que si no lo hizo fue porque o no tenía mucho interés para él o no le convenía, ya que con el tiempo se fue apartando de la militancia activa del partido.

Lo que sí sabemos es que en París se lo pasó bien, asistió a los espectáculos frívolos de la época a los que se refiere, visitó los monumentos y museos de París y censuró los modos de vida de la ciudad, pero sus escasas descripciones son también, sorprendentemente, para fustigar la sociedad parisina y sus costumbres. En la carta-artículo que escribe a su amigo Eduardo Bustillo, le dice a modo de conclusión: «Aun admitiendo, como erradamente se cree por el vulgo, que toda la Francia sea París, deben concederse a esta nación grandes virtudes, porque las hay, y muchas, bajo la capa de cieno que envuelve su capital». Pero se fijó más en los valores negativos que en lo verdaderamente admirable del país vecino.²³

Respecto a Portugal, en la visita que hizo con Pérez Galdós, fueron dos visiones de un viaje con conclusiones por ambos escritores diametralmente opuestas.

El verano de 1876, al que nos estamos refiriendo, se prolongó durante todo el mes de septiembre en que a primeros la Reina Isabel II visitó con sus hijos el vapor Correo *Alfonso XII*. Todavía el 25 de ese mes se decía en el *Boletín de Comercio*:

«Se conoce lo que Santander ha progresado en habitantes y animación en los días de fiesta, cuando nos favorecen estos con un tiempo tan hermoso como el que hacía ayer. El Muelle, el Sardinero y la Alameda estuvieron animadísimos, y si juzgamos por los carruajes que vimos llegar al anochecer debemos figurarnos que los expedicionarios a los pueblos de las inmediaciones de la ciudad fueron muchos».²⁴

²³ «Correspondencia pública», t. I, p. 48.

²⁴ *Boletín de Comercio*, 19 de octubre de 1876, p. 2.

No vuelve a salir el ambiente urbano de la capital hasta que en 1885 publica *Sotileza*, si bien las referencias se circunscriben a tiempos anteriores y a los mencionados barrios de la población mareante. Son recuerdos juveniles con circunstancias y personajes que conoció apenas llegado a la ciudad. Aquel Santander de mediados de los años ochenta había conseguido importantes mejoras en la ciudad como fue la inauguración del muelle de la Trasatlántica (1881) y comienzan las obras del Plan Lequerica, que comprendía el relleno de la Ribera y la construcción de la dársena de Molledo.

Cuando publica *Nubes de estío* y *Al primer vuelo* en 1891, el veraneo en Santander, preferentemente en torno al Sardinero, estaba ya de moda en toda España desde muchos años antes, hasta el punto de estar completos los hoteles en agosto, acaparados por la «elegante colonia madrileña», pero también por altos funcionarios y familias castellanas. En la primera de estas dos novelas sale el veraneo, el tranvía urbano y la gira de la juventud en el vapor de ruedas número 4 con el que la Compañía Corconera organizaba excursiones al Río Cubas. Pero otros muchos alicientes tenía entonces la ciudad con conciertos en el casino del Sardinero y en los cafés Cántabro y Áncora o en la Plaza de la Libertad por la Banda de música municipal o la del Regimiento San Marcial. Al coincidir el veraneo con las fiestas de la ciudad se organizaron bailes en el Círculo de Recreo, veladas en la Alameda segunda, corridas de fuegos artificiales, toros y carreras de velocípedos y de caballos en el Hipódromo de la Albericia. Santander era frecuentado entonces también por visitantes ilustres como Benito Pérez Galdós, Germán Gamazo, la familia de Arsenio Martínez Campos o el Marqués de Vallejo.

La utilización de balandros durante el verano, que aparece en *Al primer vuelo*, estaba entonces de moda con competiciones en Santander, Bilbao o Santoña e, incluso, con la participación de embarcaciones santanderinas en regatas internacionales fomentadas por el Club de Regatas.

Ese año de 1891 comenzaron las obras de construcción de la Dársena de Maliaño, al siguiente se inauguró el ferrocarril Santander-Solares y en noviembre de 1893 tenía lugar la explosión del vapor «Cabo Machichaco», con sus consecuencias desastrosas para la ciudad.

La época

En los años en que vivió Pereda iba a ser igualmente testigo de los acontecimientos históricos que se desarrollaron en su siglo y que tuvieron en algunos casos especial relevancia en Madrid y en la provincia de Santander, como ocurrió con la Revolución de 1854 y con la de septiembre de 1868.

En líneas generales, ese periodo de setenta y tres años abarca desde la muerte de Fernando VII y la Regencia de María Cristina hasta la fecha de la Conferencia de Algeciras, presidida por Alfonso XIII en 1906, año en que el rey celebró sus espousales con Victoria Eugenia de Battenberg, acto empañado por la tentativa regicida de Mateo del Morral. En el transcurso de todo este tiempo, el escritor conoció muy directamente las guerras carlistas y la organización en su provincia del movimiento católico-tradicionalista al que perteneció. Oyó contar, sin duda, la acción de Vargas contra los carlistas, que tuvo lugar el año de su nacimiento, así como las batallas de Ramales y Guardamino. Ya directamente conoció la tentativa de conquista de Santander por las tropas del pretendiente en 1874, a cuya Junta de guerra perteneció en Cantabria su hermano Manuel Bartolomé. En este año, cabecillas de la facción hacían incursiones por la provincia, algunas de ellas mandadas por religiosos, que se dedicaron a asaltar pueblos, quemar registros y secuestrar personas. El triunfo de la monarquía liberal y las disensiones

dentro del movimiento carlista le obligaron, con el tiempo, a apartarse del que fue su pensamiento político y adoptar una posición pasiva.

En el reinado de Amadeo I y al ser elegido diputado a Cortes por el distrito de Cabuérniga, presenció los debates de la política en el ámbito nacional, como miembro de la minoría tradicionalista, durante la legislatura de 1871 y 1872, a las órdenes de su amigo Cándido Nocedal.

La etapa de la Restauración la vive como novelista sin intervenciones políticas, aunque en 1891 presenta su candidatura a Senador, que no obtiene, por la Real Sociedad Económica de León.

En *Pedro Sánchez* dejó constancia de los disturbios, asaltos y barriadas que se produjeron cuando estudiaba en Madrid con motivo de la revolución de 1854, en la que él mismo estuvo a punto de perder la vida. Allí describe Pereda las intervenciones de los patriotas vocingleros, la quema de edificios y de obras de arte, el saqueo de las casas de los moderados, movimiento revolucionario de carácter social que Pereda describe condenando la revuelta de los elementos populares.

Cuando se origina años después la revolución de 1868, el escritor no fue testigo presencial de los hechos, que tuvieron un especial protagonismo en Santander y su provincia, por hallarse en el balneario de Ontaneda (Cantabria), donde había ido a tomar las aguas. Y aunque dice que no le hicieron efecto curativo,

«no por eso bendigo menos —le escribía a Gumersindo Laverde— la hora en que salí de Santander pues durante mi ausencia ocurrieron en estas calles las escenas sangrientas de que le supongo a V. conoedor, y por eso no se las refiero. Tampoco le describo la situación político administrativa en que a la sazón nos hallamos porque es lo mismo en que se hallarán Vds.»²⁵

Ya en 1866 Prim había fracasado en una tentativa revolucionaria y, en el verano de ese año, Antonio Romero Ortiz vino a Santander como conspirador y estuvo también en 1868, según dice José Simón Cabarga.²⁶ Santander a raíz de la sublevación de Topete fue una de las provincias que primero se sumaron al levantamiento revolucionario y tuvo como

²⁵ CLARKE, «Cartas de Pereda a Laverde», Ob. cit., p. 186.

²⁶ SIMÓN CABARGA, José: *Santander en el siglo de los pronunciamientos y las guerras civiles*, Santander, Diputación Provincial, 1972, p. 269.

figura principal en Cantabria a Salvador Damato, hombre de confianza del general Prim, que contaba, a su vez, con dos colaboradores: en Santoña, con el militar retirado Miguel Díez de Ulzurrun y en Santander, con Pedro del Río Sainz. A juicio de Damato la intentona en esta provincia debía partir de Santoña.

El día 20 ya hubo manifestaciones en la capital y si bien no pasaron de algaradas callejeras se advertía una situación tensa. La fuerza pública se acuarteló y el alcalde emitió un bando al día siguiente pidiendo calma y aconsejando a los ciudadanos la espera de los acontecimientos a escala nacional. La goleta de guerra *Caridad* fue la primera en llegar al puerto y sumarse al levantamiento. Y aunque existía el acuerdo tácito de llegar al final sin alteraciones graves del orden público, se daba por sentado la intervención del gobierno, que envío al general Calonge a someter las provincias sublevadas del Norte. Por esta razón, se formó en Santander una Junta provisional para resistir a las fuerzas gubernamentales. Un grupo de militares comprometidos, como Juan Villegas, García Velarde, Santiyán, Palacios, etc., estaban dispuestos al levantamiento y con este fin se entregó el mando al general Villegas para defender la plaza. El día 23, el pueblo, ante el anuncio de la llegada de tropas, se dispuso a la defensa construyendo barricadas en sitios estratégicos de la ciudad. Al día siguiente, tuvo lugar el encuentro de ambas fuerzas, desproporcionadas numéricamente. Pese a la dura resistencia y al elevado número de bajas de los atacantes, Calonge logró penetrar en Santander donde el ejército fue acosado por los franco-tiradores desde los tejados y las casas vecinas. El día 24 se hizo con la plaza, una vez puestos a salvo en su retirada los soldados y paisanos resistentes que se embarcaron en la goleta *Caridad*, que partió con rumbo a Santoña. Calonge fue generoso a instancia del obispo con los prisioneros, a los que se identificaba por las manchas de pólvora en las manos.²⁷

La batalla de Alcolea decidió el triunfo definitivo de la revolución en toda España. El efecto de este cambio político se extendió en el

²⁷ POLIDURA GÓMEZ, Esteban: «Recuerdos de la Revolución», *Cosas de antaño*, ob. cit., pp. 310-312.

país, como muy bien apuntaba Pereda, al campo político, social, administrativo e incluso literario. La revolución septembrina, la «Gloriosa», como fue llamada por el pueblo, aunque no logró los objetivos propuestos, tuvo una gran influencia en la transformación ideológica y social de España. Años después, escritores como Pérez Galdós, J. Yxart y Leopoldo Alas advirtieron las modificaciones que la revolución del 68 había traído en el campo literario y que también llegó a la Universidad y se extendió, por supuesto, a las relaciones del Estado con la Iglesia. «Clarín» dijo que «el glorioso renacimiento de la novela española data de fecha posterior a la revolución de 1868».

Para Pereda y su grupo de amigos fue esta Revolución aún peor que el gobierno isabelino contra el que algunos habían luchado desde la oposición carlista. A su juicio, se trataba de la instauración de un nuevo gobierno, anticlerical, popular, reformista y democrático, aires nuevos con los que la revolución llegó hasta los más apartados lugares. En 1869 le decía el novelista a Laverde no poder escribir, ya que «bajo la atmósfera política que nos asfixia es imposible que se excite la imaginación, si no es para lo triste y lo sombrío». A su juicio, la única salida a esta situación estaba entonces en la restauración monárquica en el Príncipe heredero, en su madre la reina o en el triunfo de don Carlos.²⁸

Como luego diremos, Pereda fue enemigo declarado de la nueva Constitución y sus efectos le sirvieron para criticar con sus artículos en *El Tío Cayetano* los aspectos negativos de la misma y quedó como una obsesión en su obra literaria, donde aparece siempre la citada revolución con connotaciones negativas. Por ejemplo, Robustiano Tres Solares, de *Blasones y talegas* se quejaba de las nuevas costumbres introducidas cuando «asomó la oreja» la Revolución, dejaron de infundir respeto los blasones y le hicieron «tragar» la Constitución. El viejo y anacrónico personaje carlista resume así los nuevos tiempos: «De tan horrible desquiciamiento, de tan inaudita perversión de ideas ¿qué había de resultar? El sacrificio estéril, pero cruel, de cien vícti-

²⁸ «Cartas de Pereda a Laverde», p. 199.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN SANTANDER.—*Cuatro reales* por trimestre; *Diez y seis* por año; pago adelantado.

FUERA DE SANTANDER.—*Seis reales* por trimestre; *veinticuatro* por año; la misma condición de adelanto.

En el Extranjero y Ultramar, a precios convencionales.

NOTAS.

Los centros generales de suscripción y periódicos quedan autorizados para recibir las de este, bajo el interés de constituirlo.

Las suscripciones empiezan a contarse desde 1.^o de mes.



MODO DE SUSCRIBIRSE.

EN SANTANDER.—En esta imprenta, calle del Arcillero, número 1, principal.

FUERA DE SANTANDER.—Dirigiéndose a D. Bernardo Rueda, Administrador de El Tío Cayetano, en carta que contenga, en sellos de franquicia o librántela de fácil cobro, el importe de la suscripción.

ADVERTENCIAS.

La suscripción por medio de comisionado costará *un real* más por trimestre y dos por año.

Cada número suelto un real.

EL TIO CAYETANO.

SEGUNDA EPOCA.

Cuatro números cada mes, por ahora. No se devuelve ningún manuscrito que se dirija á la redaccion aunque no se utilice.

mas inocentes como yo; la irrupción en los poderes públicos de los descamisados; la herejía, el desorden, la confusión... el escándalo universal».²⁹

Sin embargo, la Comisión provincial que se formó en Santander nada más vencer el movimiento revolucionario en toda España, que habría de dar paso a la Junta de Gobierno, estaba formada por personas amantes del orden y por miembros destacados de la burguesía de la ciudad, algunos amigos y familiares suyos, como eran Cornelio Escalante, Indalecio Sánchez Porrúa (primo de Pereda); Mariano Zumelzu, Tomás Agüero Góngora, Bonifacio de la Vega, Antonio López Dóriga, Marcos Oria y otros. Formada la citada Junta de Gobierno, se publicó una proclama en el Boletín Oficial de Santander que decía:

²⁹ «Blasones y talegas», O. C., ob. cit., pp. 388-89.

«Montañeses: Ya estamos de nuevo entre vosotros. Que por nada ni por nadie se altere el público sosiego, porque desde hoy se ocupará esta Junta en satisfacer vuestras justas necesidades. ¡Viva la Libertad! ¡Viva la España levantada y noble! ¡Viva la soberanía nacional!»³⁰

El tono y las personas no podían ser más moderados e, incluso, se suprimió en el bando el grito de ¡Abajo los Borbones! que figuraba en los despachos sobre el pronunciamiento que enviaron las Juntas de Gobierno de otras provincias. Sin embargo, al año siguiente se nombró Gobernador-Presidente a Miguel Díez de Ulzurrun.

Pérez Galdós en *La de Bringas* relata el impacto que produjo la Revolución en la burguesía española que esperaba una auténtica exaltación de las turbas, que no se produjo, aunque sí vaticinó que a partir de entonces «vendrían seguramente tiempos distintos, otra manera de ser, otras costumbres» (p. 307).

En 1870 no lo duda Pereda y se vincula oficialmente, como luego diremos, al movimiento carlista influido posiblemente por sus amigos y por el ejemplo de su segundo hermano Manuel Bartolomé que formó parte de la Junta Provincial Católico-Monárquica, de la que él era vocal. En carta a Gumersindo Laverde se lo comunicaba en estos términos: «El figurar yo en la Junta es a causa de las muchas almas tímidas que hay por aquí, que estando con nosotros en la idea no se atreven a contárselo al cuello de su camisa. Por la misma razón figura en la misma Junta mi hermano Manuel».³¹ Así como su hermano se vio obligado después al exilio, igual que otros amigos suyos acendrados carlistas, el escritor pudo permanecer en Santander gracias

HABITANTES DE SANTANDER:

Las desconsoladoras circunstancias con que os encontrabais ayer con la desaparición de las autoridades y de las fuerzas del gobierno obligaron, por un sentimiento patriótico, a constituir una Junta de gobierno, cuyo principal objeto era, por de pronto, conservar el orden, y cómo lo ha conseguido la Junta vosotros lo sabéis, y nuestra gratitud será eterna hacia vuestra sensatez y cordura. Ya es inútil decir que la Junta consagrará un respeto religioso a las personas y a la propiedad, como habéis tenido ocasión de observar, pues en sus principios entra de una manera rigurosa el convencimiento de que sin ese respeto no es posible sociedad bien ordenada ni que pueda desenvolverse el trabajo, la industria ni el comercio, o sea la riqueza pública. Las cosas han llegado ya a un estado en que la ansiedad pública necesita conocer más a fondo nuestras ideas, que pueden resumirse en el principio de Soberanía Nacional, que es de donde se derivan todos los derechos y deberes de los pueblos constitucionales.

Montañeses: los reyes, los emperadores y los presidentes se hicieron para la felicidad de los pueblos, no éstos para la felicidad y patrimonio de los primeros; vosotros sabéis los inmensos sacrificios que lleva hechos esta magnánima y desgraciada acción por una reina a quien idolatró y que ha correspondido indignamente a nuestros sacrificios como reina y como señora, tanto que nos tendrían por degradados los países cultos si hubieran continuado por más tiempo los escándalos que hemos venido llorando en lo más íntimo de nuestro corazón. Ya podéis comprender nuestros principios políticos, y pronto conoceréis algunos de los económicos en la pequeña escala en que puede y debe girar una Junta de gobierno de una provincia. Montañeses: ¡Viva la libertad! ¡Viva la Soberanía Nacional! ¡Vivan las futuras Cortes constituyentes!

Santander, 22 de septiembre de 1868.

³⁰ Firmada por Marcos Oria el 30 de septiembre de 1868.

³¹ «Cartas de Pereda a Laverde», p. 205.

a sus amistades y a su postura no activa. Gumersindo Laverde escribió a Pérez Galdós una carta en la que le decía:

«José María de Pereda me escribe de Santander diciéndome que aquel gobernador quiso prenderle por conspirador carlista, que otros han huido, pero que él ni aun las apariencias de culpado desea tener, y que por lo mismo sigue en su casa, si bien temiendo que se repita el mal rato, que para su esposa sería doblemente acerbo, cuando acaban de perder su hijo único.

Mucho le agradeceré a V. que ampare a dicho amigo y haga que le dejen en paz, seguro de que para todo sirve menos para conspirador y revolucionario, si quiera sea carlista».³²

La política, por lo general, no aparece con frecuencia en su obra, excepto en *Los hombres de pro*, *Don Gonzalo* y en *Peñas arriba* y cuando lo hace es para culpar a los liberales o tratar las consecuencias de aquella revolución del 68 que llegó hasta los más apartados pueblos, incluido el suyo. No salen, en cambio, apenas los carlistas, a no ser de referencia o de pasada. Tampoco el proletariado asoma en sus páginas; es decir, el obrero urbano que trabaja en los muelles o en la industria y que él conocía bien. En cambio, el mundo campesino y de los mareantes sí está representado en sus obras y así, junto a *tipos* como el raquero, el indiano, el jándalo o la costurera, aparecen ya personajes en *Pedro Sánchez*, *La Montálvez* o *Sotileza*. Las grandes transformaciones sociales que tuvieron lugar durante la Restauración o el desarrollo de aquella sociedad sólo aparecen como un decorado de fondo costumbrista. Tampoco conoce a la sociedad de marquesas, vizcondes y barones a los que se refiere en alguna de las novelas citadas de ambiente madrileño, como *La Montálvez*. En su obra hay una dicotomía moral de los personajes, riqueza de diálogo, caricatura y moraleja final. El costumbrismo perdura insertado más de lo debido en la novela realista, tal vez porque así lo pedía un público poco alfabetizado y de escasa cultura, que todavía leía aleluyas, romances de ciego y las novelas por entregas o de folletín que se publicaban muchas de ellas en la prensa. Los editores no encontra-

³² Original en la Casa-Museo de Pérez Galdós en Las Palmas de Gran Canaria. Reproducida por Benito Madaíaga en *Pérez Galdós, biografía santanderina*, Santander, 1979, p. 172.

ban buenos autores que competían con este otro tipo de novela que conformaba la literatura de consumo que, repito, aparecía en la prensa y en el folletín. El epígrama, las «pacotillas» de Estrañi, el cuento o el artículo ligero con retrato de tipos o costumbres eran lo más solicitado por los lectores. Aparte habría que citar las publicaciones religiosas, las de carácter poético o político, las numerosas destinadas a la educación de la mujer y las revistas y periódicos. Todavía en 1876 Luis Taboada escribía en el Álbum de *El Aviso* de Cantabria y perduran sus colaboraciones festivas hasta finales de siglo en la prensa diaria donde tenía un numeroso público lector. La influencia del romanticismo, del costumbrismo y del género chico, que pasaba por la escena en forma de zarzuela y juguetes cómicos fue muy grande en Pereda. Son los años en que hace crítica teatral y se representaban sainetes, comedias y zarzuelas de todo tipo. Laureano Bonet³³ considera que hubo en Pereda una influencia del melodrama en su expresión caricaturesca y de folletín. Su amigo Pérez Galdós diría de él, refiriéndose a su capacidad satírica, que no creía existiera hombre que tuviera «en grado más alto la facultad de ver lo cómico y todos los grados de la ridiculez de sus semejantes». Algunos de sus retratos son verdaderas caricaturas. Adviértanse, por ejemplo, las semblanzas de los personajes que acuden a la «hila» en la cocina del tío Selmo, a los que en pocas líneas describe física y temperamentalmente o el retrato completo que realiza de Marcones o de la Galusa en *La puchera*.

Más que con ambientes y sucesos históricos de la Restauración, en el ámbito nacional, Pereda trabaja mediante la utilización de retratos de algunos tipos de aquella sociedad, vistos o recogidos en su provincia natal: el cacique, el usurero, el indiano, el hidalgo, los tipos cursis del verano o el simple aldeano trabajador. Pero también crea más tarde personajes como Silda, Venancio Liencres, el Padre Apolinario, Andrés y Luisa. Sin olvidar los de *La Montálvez* o los Peleches en *Al primer vuelo*. Quizá no le gustaba el campo como le confesó a Unamuno, pero sí conocía la psicología, ambientes y modos de trabajar de las gentes del

³³ «Sonidos, imágenes, volúmenes: Pereda entre la risa abstracta y la tentación decadentista», *Insula*, núms. 547-548, julio-agosto 1992, pp. 17-20.

Mr. Q. Eduardo a la Pedraja.

*Mi estimado am^o: puesto que U. le deseará
que sea el manuscrito de Don Gonzalo. Reciba también
como autógrafo digo en figura entre los que conserva
en su herencia colección, como testimonio de la
cordial amistad que le profesa su conservante*

Don M. a Pereda

Dedicatoria a Eduardo de la Pedraja del manuscrito de *Don Gonzalo González de la Gonzalera*.

medio rural. De la ciudad sólo se fijó en los personajes de sus recuerdos que se grabaron en su mente infantil: mareantes, tertulianos, veraneantes, etc. El éxito alcanzado entre sus paisanos con las *Escenas y Sotileza* fue evidente y se pasaban de mano en mano y se leían en el primer caso en voz alta los cuadros costumbristas entre los grupos analfabetos de mareantes.

Cuando finaliza el siglo siente hondamente la pérdida de las colonias. Intenta entonces, incluso, hacer una novela patriótica y colabora como miembro de la Junta que recaudó fondos para ayudar en la guerra.³⁴ El pensamiento de Pereda durante la Restauración lo conocemos tanto por sus epistolarios como por sus obras. En estos comenta

³⁴ Ver el capítulo II, sin firma, escrito por Benito Madariaga, «Panorama del fin del siglo XIX en Santander», en *Cien años de Caja Cantabria*, Torrelavega, Caja Cantabria, 1999, pp. 31-42.

con los diversos interlocutores sus opiniones sobre la política del momento, la literatura, los resultados de las elecciones, etc. Pero cuando tiene lugar el Desastre colonial y ha cumplido sesenta y cinco años considera que su obra está ya finalizada. Pocos años antes, con motivo de su entrada en la Academia, dejará patente su animadversión a los movimientos literarios de ese momento y a los autores modernistas, postura que fue correspondida recíprocamente, como luego diremos.

Nacimiento y familia

Cuando José María de Pereda y Sánchez Porrúa nace en Polanco el 6 de febrero de 1833, tiene lugar la sucesión al trono de Isabel, la hija de Fernando VII, cuya designación iba a ocasionar la más importante guerra civil de ese siglo en España, al protestar su tío, Carlos María Isidro. La nefasta herencia del monarca muerto originó el enfrentamiento de las dos Españas con las guerras carlistas.

Los padres del escritor, Juan Francisco de Pereda y Fernández de Haro (1786-1862) y Bárbara Josefa Sánchez Porrúa (1788-1855) eran naturales, respectivamente, de Polanco y de Comillas y se habían casado muy jóvenes, el 17 de septiembre de 1803, matrimonio del que tuvieron una larga descendencia. Del padre sabemos muy poco y posiblemente aparece como personaje en *El sabor de la tierruca*, donde también se encuentra una descripción de la casa natal que había sido construida en 1766 por los abuelos paternos del escritor Antonio Haro, Familiar y Notario del Santo Oficio, y por su mujer Francisca de Menocal. Su nieto Vicente describía así a Juan Francisco: «Era recio de cuerpo, menos alto que sus hijos mayores, bien compuesto el rostro y cabeza». ³⁵ Ocupaba su tiempo en las labores agropecuarias, como hemos dicho, y en la administración de su hacienda. Escribía con buen estilo las cartas y era muy dado a intercalar en ellas latines y expresiones que denotaban su formación juvenil, no olvidada. De Juan Francisc-

³⁵ PEREDA, Vicente: Notas familiares. Copia mecanográfica. Cortesía de María Fernanda Pereda y Torres Quevedo.



co no se conserva ningún retrato, lo que era lógico, dado entonces su costoso precio, pero sí tenemos conocimiento, sin embargo, de su carácter religioso y de sus inclinaciones políticas por el régimen absolutista, lo que nos hace pensar en su posible ideología carlista.

Su mujer, descendiente de una familia de renombre, era igualmente una persona de acendrada religiosidad, como su marido, y buena lectora de las Sagradas Escrituras y de libros piadosos. De ella sí tenemos un retrato, porque se lo encargó su hijo indiano Juan Agapito. «Era alta y fornida, con rostro moreno y poco bello y en el que dominaban los ojos garzos y profundos» (ver Apéndice).

Establecido el matrimonio en Polanco tuvieron que mantener mediante el trabajo en el campo y la ganadería a la numerosa familia de veintidós hijos, de los que llegaron a adultos solamente nueve. El matrimonio pidió ser enterrado en el cementerio contiguo a la iglesia del Santuario de Las Caldas de Besaya donde reposan sus restos.

En la novela *Pedro Sánchez*, el escritor recogería, al hablar del personaje, el ambiente familiar de una manera autobiográfica al trasladarlo a la vida del personaje. Así alude a la escasa hacienda de sus padres proveniente de la explotación de tierras y ganados y de los ingresos por rentas y aparcerías de algunas fincas no explotadas por ellos. En los años de 1844 al 46 adquirió Juan Francisco fincas en Polanco, posiblemente gracias a la ayuda económica de su hijo mayor Juan Agapito, residente en Cuba. Pero durante algunos años, la familia tuvo problemas por sucesos hereditarios, a los que se refiere su hijo en la novela citada cuando habla de «una carga de justicia, tan pronto reconocida como puesta en tela de juicio por el gobierno». La dedicación a la ganadería de los dos her-



Bárbara Sánchez Porrúa.



Placa con la fecha de construcción de la casa de Pereda.



Juan Agapito de Pereda.

manos mayores del escritor, Juan Agapito y Manuel Bartolomé, así como la participación en concursos ganaderos y en la compra de sementales nos inclina a opinar que la familia se dedicó, como el resto de los vecinos, a la explotación del ganado bovino, lanar y cabrío y al cultivo y recolección de los productos típicos del campo. Así parece corroborarlo la descripción de la casa donde, como hemos señalado, tenía establo, cobertizos y una huerta contigua, lo que facilitaba el trabajo de su dedicación campesina que les hacía ser más ricos que otros vecinos. En efecto, ricos eran por genealogía e hidalgüía y también por tener escudo blasonado en la fachada y una preparación cultural superior a sus convecinos, pero el sustento de tan numerosa familia supuso un agobio constante para los padres. Esta situación cambió al emigrar el hijo mayor Juan Agapito (1804-1870) a América en 1822, donde se dedicó a los negocios con buena fortuna y logró adquirir un capital. Desde Cuba envió importantes cantidades de dinero a la familia sacándola de sus penurias económicas.

El año antes de morir la madre regresó a su pueblo de Polanco del que fue alcalde de 1854 a 1870. Establecido en Ramera reformó una casa antigua de la familia y la amuebló y decoró al gusto francés e inglés, tal como había visto en sus viajes al extranjero. El ayuntamiento de Polanco le cedió los terrenos a cambio de rellenar, a su costa, varias pozas de aguas estancadas. Fue hombre con un gran sentido comercial. Publicó un folleto sobre el ferrocarril de Alar que él deseaba que pasara por Mogro y Requejada. A su juicio, el abaratamiento de los transportes era imprescindible para que los trigos castellanos pudieran competir.

A partir de su llegada a Cantabria fue el mentor de la familia y el que aconsejó a sus padres el traslado a Santander con los cuatro hijos que todavía vivían con ellos. Juan Agapito fue, igualmente, el que sugirió

rió a su hermano que estudiara la carrera militar y al fracasar en su tentativa le animó a publicar su primer libro. Soltero y con una gran fortuna, montó negocios por cuenta propia e intervino también en política como candidato por la Asociación de Católicos de Santander en 1869. En 1864 figuraba en la lista de votantes en las elecciones de Diputados a Corte, en las que obtuvieron los votos los candidatos José Posada Herrera y José Antonio Cedrún. No participó, sin embargo, su hermano José María, al no ser posiblemente entonces contribuyente. Juan Agapito, como otros muchos personajes de la alta burguesía cántabra, se vio sorprendido y atemorizado por los cambios e innovaciones que trajo la revolución de 1868 y que podía afectar a los grandes propietarios. Al poco tiempo de llegar de Cuba, desde 1848 a 1860, fue adquiriendo fincas por compra a los vecinos de Polanco.³⁶

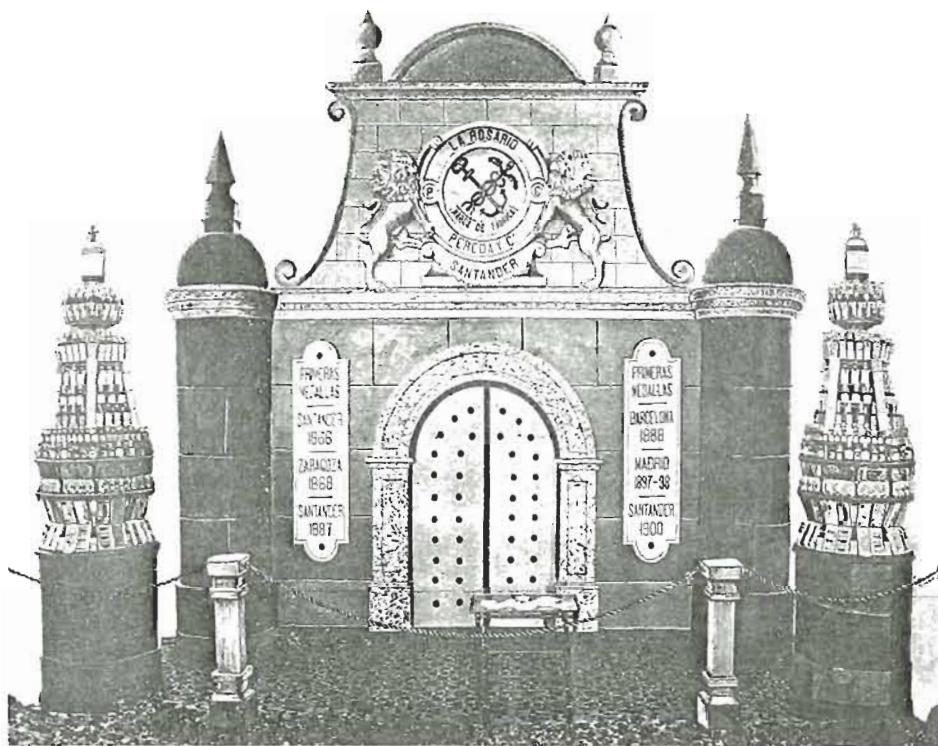
Su hermano inmediato siguió sus mismos pasos y se dedicó también a los negocios y a la ganadería. Juan Agapito compró un semental de raza Pardo alpina llamado «Navarro primero» que prestó gratuitamente a sus vecinos. Falleció el 6 de enero de 1870 y los funerales se celebraron en la Iglesia de la Compañía. La familia anunció las exequias fúnebres, durante cuatro días, con una esquela en el *Boletín de Comercio*, funerales que se celebraron los días 14 y 15, lo que parece indicar el interés de resaltar la figura del fallecido, destacado hombre del comercio.

Manuel Bernabé, el segundo de los varones, participó en la Feria y Exposición de ganado de 1871 con una becerra, «Blanca», de esta misma raza bovina, y facilitó también un semental a los ganaderos del pueblo. Con un sentido también comercial fue uno de los fundadores y accionista de la fábrica «La Rosario», dedicada a la producción de jabón, velas, ácido sulfúrico y agua de colonia, negocio que compartió,



Tumba de sus padres en Las Caldas.

³⁶ *Bol. Oficial de la Provincia de Santander*, núm. 7, enero de 1869. Ayuntamiento de Polanco. Registro de la Propiedad de Torrelavega.



Fotografía que representa la instalación de la Fábrica de Jabones «La Rosario» de Pereira y Compañía.

como decimos, con la explotación de ganado vacuno participando en los concursos ganaderos. Manuel Bernabé permaneció también soltero como su hermano Juan Agapito y se dedicó a la política y regentó la citada fábrica, cuyo escudo de armas mantenido por dos leones ostentaba en el centro un áncora, un caduceo y las iniciales P. y C. Era un negocio próspero y una de las fábricas más populares y rentables de España, cuyos productos de perfumería, fabricación de jabón fino o de tocador, polvos de arroz, aguas dentífricas, pomadas, etc., se exportaban a América. Había obtenido primeras medallas en las Exposiciones de Santander de 1866, de Zaragoza de 1868, de nuevo en Santander en 1887, en Barcelona al año siguiente y en Madrid en 1897-99.

Debido a su compromiso político y actuaciones como jefe del carlismo local, Manuel Bernabé tuvo que huir a Francia y el gobernador de la provincia ordenó en 1874 la captura y el embargo de sus bienes.

Cuando la familia se fue a vivir a Santander al número 3, tercero, de la Cuesta del Hospital, el padre, Juan Francisco, tenía 59 años y su mujer dos menos. En el censo de 1845 figura que llevaban dos años de residencia en la capital, por lo que deducimos que llegaron en 1843. En el padrón de aquel año sólo aparecen los padres con el pequeño José María de doce años y una sirvienta de quince. Quizá debido a la pequeñez del piso, tres años más tarde se mudaron al número 9. En el padrón de 1848 figuran ya con ellos tres hijas solteras del matrimonio, Dolores, Gertrudis y Petronila, que anteriormente debieron de permanecer en Polanco.³⁷

La familia tanto directa como colateral fue numerosa y son citados en los catastrós donde aparecen, como hijosdalgos, presbíteros y miembros del Santo Tribunal de la Inquisición o Familiares del Santo Oficio. En este sentido, un hermano del abuelo paterno del escritor, Antonio de Pereda y González Cacho, fue Inquisidor electo de la Inquisición en México; un hermano de éste, José, figura como capellán y presbítero; y el bisabuelo, Venancio de Pereda y de la Cantolla-Miera ostentó el cargo de Secretario de Cámara del Excmo. Sr. Inquisidor General en la Corte y presentó las pruebas para Familiar del Santo Oficio. Por la rama materna los Pereda descendían de Rumoroso y por la materna de Comillas, donde los Sánchez Porrúa tuvieron también miembros destacados en la Iglesia española. Dos de los Pereda, Francisco Vicente de Pereda y de la Cantolla-Miera (1772-1846) y Juan Francisco de Pereda y Fernández de Haro (1786-1862) se casaron respectivamente con las hermanas María y Bárbara Josefa Sánchez Porrúa.

³⁷ Cf. Padrón general de 1848. Archivo municipal de Santander.

Estudiante y recuerdos juveniles

El traslado a Santander con sus padres le pone en contacto con la ciudad y le presenta un panorama urbano y portuario completamente diferente al de sus primeras vivencias infantiles en Polanco. Tras los estudios de Primaria en la escuela del pueblo, la familia decide que estudie el bachillerato en el Instituto Cántabro de la calle Santa Clara, en el que realiza el ingreso en 1843 y cursa al año siguiente el primer año de Latinidad. Fue un estudiante mediano con calificaciones de Regular en el segundo y tercer año de Filosofía y Suspenso en el cuarto de 1847-48. Fueron profesores suyos Bernabé Sainz, de Sintaxis latina; Juan Echevarría, de Matemáticas; Celestino Alonso, de Lógica; Lorenzo Alemany, de Lengua francesa; José María Orodea, de Geografía e Historia, etc.³⁸ Algunos de ellos fueron recordados en sus escritos, como el duro y temible Bernabé Sainz o el exigente Orodea:

«Como Don Quijote con los libros de caballería, me pasaba yo las noches en claro, estudiando el Carrillo, sacando oraciones y traduciendo a Orodea, y con tal ansia devoré aquel *Arte*, tan a mazo y escoplo lo grabé en mi memoria, que hoy al cabo de treinta y más años, me comprometería a relatarlo, después de una sencilla lectura, sin errar punto ni coma».³⁹

Los estudios eran de cinco años, más uno de preparatorio y se terminaba con el grado de bachiller en Filosofía. Cuando escribe *La*

³⁸ MADARIAGA, Benito y VALBUENA, Celia: *El Instituto de Santander. Estudio y documentos*, Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1971, pp. 58, 80, 103-105.

³⁹ «Más reminiscencias», p. 1.228.

Montálvez aplica al personaje, Ángel Núñez, algunas de sus vivencias juveniles, cuando dice: «Cumplió bastante bien con sus deberes escolares. No descolló gran cosa entre sus condiscípulos de primeras y segundas letras, pero tampoco fue de los últimos».⁴⁰

La dificultad para aprobar la asignatura de Geografía hizo que tuviera que recibir clases particulares. A los catorce años se describe a sí mismo en estos términos: «Robustote y fuerte por naturaleza, y hasta gordinflón (*quantum mutatus ab illo!*), a pesar de mis catorce años, representaba diez y nueve, circunstancia que no dejaba de darme preponderancia entre mis condiscípulos, sobre todo entre los que eran más débiles que yo».⁴¹

Terminados sus estudios comienza a los diecinueve años a frecuentar los bailes campestres que por entonces se pusieron de moda en la ciudad. Eran estos de dos clases: los que se celebraban durante el verano en el «Salón campestre» de Toca, en el Río de la Pila y en las huertas de Jacinto Noriega, de ocho a doce de la noche. Y los que de julio a octubre tenían lugar en las huertas de Mazarrasa y de Trueba. A los primeros acudía la alta burguesía formada por ricos indianos, propietarios, comerciantes, títulos de Castilla y mineros afortunados. A los segundos, frecuentados por Pereda, asistían los estudiantes y las costureras. Esta separación social molestó al futuro escritor, quien así lo expresa en un artículo publicado en 1865 en *La Abeja Montañesa* en la que defiende únicamente la aristocracia del dinero y del trabajo y no la de una nobleza de blasones y pergaminos. Tiempo después aunque escribiría que a sus bailes sólo daban entrada a «lo escogido de la juventud del pueblo», la verdad era que los bailes distinguidos eran los otros, a los que asistían indianos, empresarios y nuevos ricos, personajes a los que haría después objeto de su animadversión. Primero le gusta el baile y cuenta que los saboreaba «como un niño un caramelo». Sin embargo, diez años más tarde cambia radical-



Columnas de la Rectoral del antiguo Convento de Las Clarisas, convertido en Instituto en 1838.

⁴⁰ Cap. X, p. 518.

⁴¹ «El primer sombrero», p. 1.180.

mente de opinión y se muestra contrario por razones morales y escribe en «Fisiología del baile»: «¿Me casaré yo algún día? Y si me caso, ¿habrá «bailado» mi mujer? ¿Llegaré a tener hijas? Y si las tengo, ¿dejaré que me las bailen?».⁴²

Cuando llegó el momento de elegir una carrera cuenta que hubo grandes porfías entre la familia y es posible que por sugerencia, como hemos dicho, de su hermano mayor se decidiera, al fin, por los estudios que le permitieran ingresar en la Academia de Artillería de Segovia. En el otoño de 1852 se trasladó con este propósito a Madrid, donde se hospedó con otros estudiantes montañeses en la calle del Prado núm. 2. Durante el curso se preparó en el colegio de su paisano el arquitecto Antonio Ruiz de Salces, que después perteneció a la Academia de Bellas Artes de San Fernando. La verdad es que el ambiente de Madrid y la vida estudiantil de tertulia en el café de «La Esmeralda», los bailes de Capellanes y la asistencia al teatro fueron para él una tentación insuperable, que le inclinó más por la vida social, el teatro y las fiestas, que por la del estudio. Así parece desprenderse de la carta que le escribe en 1853 a su primo Domingo Cuevas: «Aquí cuando por fas, cuando por nefas, siempre hay alicientes que arrastran a uno en pos de la corte y que, al fin y a la postre, llega uno a mirarla con demasiado apego, y llegará día en que se sienta trocar por la pluviosa e insípida Montaña».⁴³ No sabemos el resultado de aquellos estudios y ni siquiera si llegó a presentarse al examen de ingreso. Años más tarde, al referirse a esta etapa de su vida, diría que comenzó en Madrid «una carrera científica que no concluyó por falta de vocación para ello».⁴⁴

Estando en Madrid fue testigo de la revolución de 1854 en la que estuvo a punto de perder la vida por el tiroteo originado en las calles, sucesos que relata con detalle en su novela *Pedro Sánchez*. Durante su estancia en Madrid dedicó una buena parte del tiempo más a la lectura de novelas que a resolver problemas de matemáticas. En la citada obra nos cuenta las lecturas entonces en boga que iban desde el folletín a la novela histórica, al relato costumbrista y a una literatura importada y

⁴² «Fisiología del baile», p. 1.168.

⁴³ HUIDOBRO, Eduardo de: *Bol. Biblioteca M. P.*, 1933, pp. 8-30.

⁴⁴ Carta a J. Marie del 15 de septiembre de 1895.

traducida del francés. En *Pedro Sánchez* lo relata así por boca del personaje:

«Resuelto a no salir de casa y a acostarme temprano, pediles una novela, y me dieron a elegir entre más de ciento que me fueron mostrando, llevándome de alcoba en alcoba. Todo Paul Koch andaba por allí; lo más crudo de Pigault-Lebrun; lo selecto de Dumas y Soulié; *El judío errante*, a la sazón objeto de los más terribles anatemas de la censura eclesiástica, y *Nuestra Señora de París*, prohibida también por el Ordinario».

En el teatro ocupaban la cartelera Zorrilla, Tamayo y Baus, Luis Eguílaz, Bretón de los Herreros y Hartzenbusch. La zarzuela empezaba a imponerse como género musical al alcance del pueblo. Ya entonces intenta escribir una obra de teatro, *La fortuna en un sombrero* (1854), comedia donde aparece el tema del idilio, el matrimonio de conveniencia y el caso de la joven sacrificada por el matrimonio para salvar la economía familiar. La joven Elvira es abandonada por su pretendiente y de una forma casual Serafín, que llega al domicilio a formular un reclamo, ocupa el puesto y se casa con Elvira que le atrae desde el primer momento. La obra no pasó de ser un ensayo juvenil que para bien suyo no llegó a estrenarse ni a publicarse.

De regreso a su casa, después del fracaso de los estudios, se le presentaba el dilema de escoger una forma de vida por cuenta propia o entrar a formar parte en alguno de los negocios familiares o de amigos suyos. Quizá, como el personaje Pedro Sánchez, pensó en algún momento solicitar cualquiera de las plazas vacantes de Secretario de un ayuntamiento, que se concedían mediante solicitud de los aspirantes y que en 1870 estaba dotada de un sueldo anual de 600 pesetas. Pero lo que a él le gustaba en realidad era escribir, para lo que creía tener buena disposición. La oportunidad se le presentó al aparecer en Santander el diario *La Abeja montañesa*. La llegada a Santander del joven Pereda no había sido nada afortunada, ya que venía con el fracaso en los estudios y en 1855 moría su madre. Esta desgracia familiar y el

LA ABEJA MONTAÑESA.

Periódico de intereses morales y materiales, satírico, literario, agrícola y mercantil.

Se publica los Domingos—Se suscribe en su Redacción ó Imprenta, calle del Arbillero, núm. 9.—Su precio 15 re., por trimestre llevado á domicilio, y 15 adelantados fuera de la ciudad. Los números sueltos se venden á real y medio.

Año I.

Domingo 25 de Octubre de 1857.

Núm. 4.

contraer la enfermedad del cólera le tuvieron postrado y con gran desánimo. A causa de ello, al año siguiente, se le presentó una neurastenia que obligó a la familia a enviarle a Andalucía donde permaneció una parte del año 1857. A su regreso se estrena en *La Abeja* con el artículo «La gramática del amor», aparecido el 28 de febrero de 1858. Sus primeros escritos son anónimos, están únicamente firmados por la inicial de su apellido o con el pseudónimo «Paredes». Por lo general, se trata de artículos de crítica literaria del repertorio de comedias y zarzuelas que pasaban por el teatro de Santander, de colaboraciones de carácter costumbrista o sobre la vida local, de las que luego hablaremos. Aunque su valor literario era escaso, le sirvieron para reconocer los temas que luego empleará en sus libros y que evidencian la gran afición de Pereda por el teatro. Por este procedimiento se da a conocer en la ciudad como colaborador de este periódico muy leído. José Antonio del Río dice que «entonces empezó a sonar con algún crédito de escritor agudo y discreto».⁴⁵

Estos artículos son simultaneados con otros en *El tío Cayetano*, periódico que tuvo dos épocas: la primera del 5 de diciembre al 6 de

⁴⁵ *La provincia de Santander considerada bajo todos sus aspectos*, t. II, Santander, 1889.

marzo de 1859 y la segunda del 9 de noviembre de 1868 al 4 de julio de 1869. Este periódico fue, sobre todo en su última etapa, una imitación de *El Padre Cobos*, con secciones idénticas donde se zahería al gobierno liberal y a la reciente Revolución del 68. En ambos periódicos las colaboraciones eran anónimas. El primer artículo de la segunda época, titulado «¡Loado sea Dios!», aunque sin firma fue escrito por J. María de Pereda. También es suyo el llamado «Preliminares», donde examina desde su prisma los objetivos de la Revolución con respecto a la monarquía constitucional. Sus colaboraciones son unas veces en verso «Fabulilla casera» (15-XI-68); «Romance morisco» (29-XI-68); «Pesadilla» (6-XII-68) y otras en prosa, pero siempre con sentido de crítica política, como «Pascualillo el pastor» (25-IV-69), un artículo contra Topete; «La lógica septembrina» (2-V-69), «Espíritu de las Cortes» (2-V-69), etc. Estos artículos anónimos, pero cuya autoría se determina por un ejemplar anotado existente en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, son el mejor material para conocer el pensamiento reaccionario de Pereda ante lo que significó el cambio introducido por la Revolución septembrina. En esos artículos, amparándose en el anonimato, descubre sus auténticos sentimientos y ataca a la Constitución, el anticlericalismo de algunos diputados y los nuevos aires de libertad que llegaron a España. A partir de entonces se notó en el escritor de Polanco un auténtico cambio que llegó también a toda la sociedad e influyó, en su caso, en una postura ideológica concreta, como representante de la oposición carlista.

En 1862 prologa, con dicho pseudónimo de «Paredes», el libro *Ecos de la Montaña* del poeta Calixto Fernández Camporredondo, lo que es indicativo de que gozaba ya de un prestigio como hombre de letras en el ambiente local de Santander. Al año siguiente, con el mismo pseudónimo, colaboró en el *Almanaque ilustrado de la Abeja Montañesa*,



JÚPITER.

Su vida y milagros.

La presente historia no se escribe para los *eruditos*: á estos, como se lo saben todo, nada se les puede enseñar.

Con los que ya la han olvidado y con los que nunca la han aprendido hablamos.

Júpiter preside nuestros destinos, segun el calendario, en el presente año, y no es cosa de que ignoren los sencillos lectores de nuestro ALMANAQUE quién es el *santo* á que les togó en suerte estar, por ahora, encomendados.

Contando, pues, con el beneplácito de los susodichos lectores vamos á hacer un rápido extracto de tan interesante biografía.

Rejia los destinos del Universo el inhumano Saturno, cuando Rhea, su mujer, dió á luz un retorño que, segun costumbre en la casa, debía servir de almuerzo á su padre; y no en jígote ni en pepitoria, sino lisa y llanamente fresquecito y pataleando y tal como naciera de las entrañas de su madre.

A costa de tan especial tributo había comprado Saturno el trono en que se sentaba al primogénito de Urano, su hermano el forzudo Titán.

Despepitábase Rhea buscando una trampa con qué librarse, siquiera un hijo, de la ferocidad de su padre, cuando le ocurrió el pensamiento de darle un morrillo envuelto en pañales en lugar del niño Júpiter que acaba de nacer.

Tragóse el duro inúñeco como una pildora el segundo

en el que publicó el artículo «Júpiter. Su vida y milagros» (pp. 42-51) y «El raquero» (pp. 68-80). Algunos de los cuadros costumbristas publicados en la sección del folletín de *La Abeja*, pasaron luego a sus libros, como ocurrió con «La costurera» (abril de 1864), «Las bellas teorías» (abril 1869), «Para ser buen arriero» (octubre-noviembre, 1865).

Dentro de esta etapa que llamaremos periodística, coinciden sus tentativas en el campo teatral con obras cómico-líricas de carácter costumbrista, escribiendo las siguientes obras: «Tanto tienes, tanto vales» (1861), «¡Palos en seco!» (1861), «Marchar con el siglo» (1863), «Mundo, amor y vanidad» (1863) y la zarzuela «Terrones y pergaminos» (1866). El escaso valor de estas obras primerizas hizo que sólo se dieran a conocer con el título de *Ensayos dramáticos* en una edición restringida, en 1869, con destino a sus amigos. Ya para entonces Pereda había logrado un prestigio literario a raíz de la publicación en 1864 de su primer libro, al que tituló *Escenas montañesas*. La obra se componía de una bien seleccionada serie de cuadros costumbristas, de tema local en su mayoría, con textos en prosa y verso, en los que recogía tipos como la costurera o el raquero, costumbres como «La buena gloria», recuerdos de antaño y romances satíricos. El libro se publicó en Madrid y llevaba un prólogo de Antonio Trueba, que se reprodujo en la segunda edición a pesar de contener partes críticas por la dureza de algunas descripciones de Pereda.

El autor se lo entregó al editor S. Martín y Juvera sin cobrar derechos a cambio del riesgo que corría al venderlo por su cuenta. Posiblemente su hermano Juan Agapito le sugirió y gestionó la edición.

Algunas de estas escenas fueron luego suprimidas o pasadas a otro lugar. Así ocurrió con «Los pastorcillos», parodia de una pareja de pastores, Bartolo y Bernardona, en la que presenta una pintura nada

bucólica de ambos. A Pereda le pareció una composición ordinaria y de mal gusto y la suprimió más tarde, aun en contra de la opinión de Menéndez Pelayo. El retrato no era el más adecuado para satisfacer a los aldeanos montañeses y Pereda, no olvidemos, vivía en Polanco. «La primera declaración» lo elimina también por no ser un cuadro esencialmente santanderino. Su contenido iba dedicado a las mujeres y tiene al final un diálogo de técnica teatral que termina, como dice Pereda, bajando el telón.

Hay dos aspectos fundamentales que conviene advertir en este libro: el valor de algunas escenas desde el punto de vista costumbrista y la repercusión que tuvo en los medios literarios. Resultó un acierto editarlo en Madrid y aunque Pereda era un desconocido en el ámbito nacional, el libro iba avalado por el prólogo de Antonio Trueba y fue leído por los escritores de prestigio en aquellos momentos, que se percataron de su valor dentro de aquel género. Las *Escenas* no era un libro más, de los muchos que por entonces salían a la calle. La fuerza descriptiva de algunas de sus estampas, la riqueza de los diálogos, la ironía y gracejo de algunos de ellos, con su carácter de cuento largo y la originalidad de ciertos tipos, como el «raquero» o el «jándalo», colocaron a la obra dentro de las muestras más destacadas del género costumbrista en aquellos momentos en España.⁴⁶ No obstante no abundaron las opiniones ni buenas ni malas sobre sus «pobres *Escenas*», aunque después dijera que había recibido felicitaciones, posiblemente a través de otras personas, de escritores de prestigio en ese género como Mesonero, Flores y Hartzenbusch. Fue más tarde cuando las *Escenas* se reconsideraron hasta el punto de que el propio autor hizo una segunda edición. Sin embargo, cuando aparece el libro, el panorama literario en el país era de absoluta pobreza con una dependencia de la moda francesa hasta en la lectura, debido a las traduccio-

ESCIENAS MONTAÑESAS,
COLECCIÓN DE
BOSQUEJOS DE COSTUMBRES
TOMADOS DEL NATURAL
POR
D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA,
CON UN PRÓLOGO
DE
D. ANTONIO TRUEBA

Esta obra que se acaba de publicar en Madrid y forma un tomo en 4.^o menor, de cerca de 400 páginas, de excelente papel y clara y elegante impresión, se vende en la librería de D. Fabian Hernandez, á 16 rs. cada ejemplar en rústica.

CUADROS DE QUE CONSTA.

—Santander (anterior y otoño).—*El Raquero*.—*La Robla*.—*A las Indias*.—*La primera declaración*.—*La costurera* (pintada por sí misma).—*La noche de Navidad*.—*La Leva*—*La Primavera*.—*Suum Cuique*.—*El Trovador*.—*La buena gloria*.—*Las visitas*.—*Los pastorcillos*.—*¡Cómo se miente!*—*Arroz y gallo muerto*.—*El espíritu moderno*.

NOTA. Dirigirse para los pedidos á D. Fabian Hernandez, librería, calle del Correo, Santander.

⁴⁶ MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito: «Ficción y realidad en la obra costumbrista de Pereda», en *Nueve lecciones sobre Pereda*, Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1985, pp. 23-45.

nes. Los relatos costumbristas, retratos del natural, de extensión breve, eran los más solicitados por el público que se nutría de la novela por entregas, del folletín y del artículo histórico o folklórico con descripciones y tipos adaptados a la región.

A través de la correspondencia de Pereda con sus amigos escritores podemos seguir sus proyectos y tentativas para pasar del relato costumbrista a la novela. En esas cartas se sincera confesando la dificultad que le supone hacer una novela y de que no se le ocurre ningún tema. Pereda se siente atrapado por el relato costumbrista y el artículo, propios por su brevedad y amenidad, como género lo más adecuado para el público lector alfabetizado de las clases populares. La novela exigía imaginación, dominio del diálogo, que fue por cierto uno de los fuertes de nuestro autor; acción de los personajes y una estructura y composición más complicada que la utilizada por los costumbristas. En este primer libro, algunos de los cuadros, como el de «*Suum cuique*» constituyen verdaderas prenovelas o cuentos largos y de hecho algunas de estas primeras escenas no eran meras descripciones costumbristas, ya que tenían un argumento. Lo mismo ocurre con «*Blasones y talegas*», que es una pequeña novela, que se publicó primitivamente en *Tipos y paisajes* y apareció, después, separado como libro. Prueba del prestigio que le otorgó su primera obra es que, sin dejar de escribir en la prensa santanderina, empieza a publicar en 1864 en el prestigioso periódico madrileño *El Museo universal* y en 1866 colabora con otros autores en el libro *Escenas de la vida*, colección de cuentos y cuadros de costumbristas, editado en Madrid por una sociedad de autores, entre los que figuraban Juan Eugenio Hartzenbusch, Antonio Trueba, Eduardo Bustillo, Ventura Ruiz Aguilera y Robustiana Armiño. Pereda presentó en esta antología costumbrista su cuadro «A las Indias», dedicado a la emigración y sacado de las *Escenas*. Pero su salto a Madrid y la proyección de su obra a un público nacional lo hace en los años posteriores a través de la *Revista de España*, donde publicó algunos de los relatos que dieron lugar, después, a *Tipos y paisajes*. No sabemos quienes pudieron

recomendarle entonces en estas publicaciones en las que aparece junto a figuras destacadas. A partir de este momento y en menos de cinco años José María de Pereda se consolida como escritor y su nombre empieza a sonar entre los autores en boga hasta el punto de recibir elogios públicos como escritor costumbrista. Sin embargo, todavía no se atreve a escribir una novela, género que, como hemos dicho, le parece difícil. En su obra posterior, ya introducido en ella, no abandonará el dato costumbrista que se encuentra como injerto rompiendo a veces la acción. La obra literaria de Pereda resulta entonces fácil de tipificar y podemos seguir sus pasos hasta la novela,⁴⁷ que se caracteriza por una uniformidad en sus contenidos y personajes. *Pedro Sánchez* es la primera obra que le consolida como novelista. Los argumentos son parecidos en gran parte de sus novelas y buscan en el desenlace un fin moralizador. El malo no gana nunca en las obras de Pereda. Sus personajes, copiados en gran parte del natural, están ya retratados y predestinados desde el principio de una forma maniquea. Esta manera de escribir no impidió que se adelantara bastante respecto a las técnicas del arte de novelar (diálogo, simbolismo, mitemas, lenguaje popular, paisajismo, etc.) y que en sus últimas obras rompiera el supuesto tradicionalismo con novelas como *La Montálvez*, *La puchera*, *Nubes de estío*, *Al primer vuelo* o *Peñas arriba*.

Su segundo libro *Tipos y paisajes* supera al primero y el autor puso especial interés sobre todo en el titulado «Blasones y talegas». Pcrcda, igual que su amigo y correligionario Nocedal, opinaba que de la novela debía sacarse alguna enseñanza práctica. De aquí, que sus cuadros y relatos tengan siempre una moraleja. En definitiva, su obra se caracteriza por un dualismo moral y político de los personajes,⁴⁸ un retrato del natural y la búsqueda de una enseñanza.

En abril de 1869, a los veintiséis años, contrae matrimonio con Diodora de la Revilla, esposa modelo, de la que dice José Montero que era «una dama de agradable presencia, de mucha bondad y relevantes virtudes».

⁴⁷ AGUINAGA, Magdalena: *El costumbrismo de Pereda: innovaciones y técnicas narrativas*, Me- soiro (La Coruña), 1994; GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel: *El redactor costumbrista como eje vertebrador de la primera narrativa de Pereda (1876-1882)*, Santander, col. Pronillo, 2002.

⁴⁸ FERRERAS, Juan Ignacio: *La novela española en el siglo XIX (hasta 1868)*, Madrid, Taurus, 1987, p. 53.

67344

BOCETOS AL TEMPLE

POR

D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA

Individuo correspondiente de la Real Academia Española

LA MUJER DEL CÉSAR

LOS HOMBRES DE PRO

OROS SON TRIUNFOS

F. de Pereda

MADRID:

IMPRENTA DE J. M. PÉREZ, CORREDERA BAJA, 41.
1870.
PROPIEDAD.

Dos años más tarde, es presentado en política por sus amigos afines a sus ideas, que le animan a presentarse como diputado carlista por el distrito de Cabuérniga. El año anterior se había constituido la Junta provincial del partido, de la que era presidente su amigo Fernando Fernández de Velasco, vicepresidente su hermano Manuel Bernabé Pereda y el propio novelista vocal de la Junta.

Una serie de circunstancias favorecieron el que saliera elegido por escaso margen. Le ayudó la división del voto liberal, el apoyo del clero, de las familias católico-monárquicas y el hecho de la restricción de los distritos electorales en la provincia que quedaron limitados a cinco (Santander, Torrelavega, Laredo, Villacarriedo y Cabuérniga).

Su participación política en Madrid le sirvió para darse a conocer, ampliar sus amistades y para darle una experiencia en la mecánica electoral, conocimientos que vertió en su novela *Los hombres de pro*. Al ser Pereda un desconocido en su distrito tuvo que visitar a los caciques y amigos influyentes que podían apoyar su candidatura. Con este motivo visitó a Francisco de la Cuesta en la casona de Tudanca, pero también tuvo la ayuda del liberal José Antonio González de Linares, alcalde de Mazcuerras y hermano de Jenara, madre del naturalista y primer director de la Estación de Biología Marina de Santander.⁴⁹ Al cesar sus actividades políticas en Madrid deja de escribir. Él mismo lo cuenta así:

«Vuelto a mi casa y más enamorado de la paz de mi hogar que de la política y que de la literatura tuve que consagrarme por entero a compartir con mi mujer los cuidados de los niños que a la sazón tenía. Cuatro o cinco años pasaron entonces sin que yo publicara ni escribiera cosa alguna».

El estímulo de sus amigos Marcelino Menéndez Pelayo y Gumersindo Laverde le lleva de nuevo al taller de escritor. Es entonces cuando se

⁴⁹ ESTRADA SÁNCHEZ, Manuel: «La aventura electoral de José María de Pereda en 1871 y sus contradicciones políticas», en *Libro homenaje In memoriam Carlos Díaz Rementería*, Universidad de Huelva, 1998, pp. 285-296.

propone publicar una novela. En cierto modo, se podría decir que a partir de este momento aparece la segunda etapa literaria de Pereda.

Cuando en 1891 le comunica a Menéndez Pelayo la opinión personal sobre su obra que debía trasmitir a Amador de los Ríos, le dice:

«No estará de más que adviertas al Sr. de los Ríos, la conveniencia para sus fines, de no fiarse mucho de las *Escenas y Tipos*, donde hay pinturas de cosas que ya no existen; así como la de empaparse un poco en el jugo de *El sabor de la tierra* y de *La puchera*, obras en las cuales hay más *Montaña*, tanto en costumbres como en el paisaje, que en aquellas colecciones de *cuadros de caballete*. Tampoco debe prescindir de *Sotileza*, en que hay mucho que es de todos los tiempos».⁵⁰

Entonces no había escrito todavía *Peñas arriba* que hubiera incluido entre sus preferencias.

⁵⁰ *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*. Prólogo y notas de María Fernanda de Pereda y Torres Quevedo y Enrique Sánchez Reyes, Santander, 1953, p. 132.

Rasgos de su personalidad

Era Pereda de mediana estatura, fornido y con un aspecto en general que recordaba más a un miembro de la alta burguesía que al de un antiguo hidalgο, aunque lo fuera por genealogía. El bigote, la perilla y los quevedos resaltaban su rostro de aspecto serio. Era de tez morena y con una cabeza dotada de pelo crespo y abundante. Su hijo Vicente retrató la personalidad de su padre, tal como él le ve y considera, en los siguientes términos:

«Tuvo Pereda, entre sus prendas de caballero cristiano y español, la de poseer un carácter legítimo y representativo como pocos, y el cual —considerado desde el punto de vista del análisis y del dibujo de su vida de setenta y tres años— representó la más grande de sus ventajas y la más rica de sus generosas aptitudes. El carácter de Pereda fue una mezcla de tradicionalismo castellano y genealógico, acentuado por una juventud de hogar campestre, hábitos de serenidad, lecturas familiares del P. Granada y ejemplos vivos de fortaleza. Sobre todo esto, una estructura mental forjada para los conceptos primarios y hostil hacia las corrientes metafísicas. Luego, una luz de iris que le permitía observar lo que los demás no observaban. Una magnífica salud. Un corazón de niño. Ánimo impresionable. Desdén absoluto y congénito para las pompas de la tierra. Desconocimiento rotundo —ya en la madurez— de su categoría como artista y de sus glorias próximas. Limitación voluntaria de su campo ideológico. Fe varonil en Dios.

Creencia en la fraternidad universal como cifra del régimen cristiano. Transigencias ilimitadas dentro de los dogmas católicos y un espíritu de rebeldía nobilísima contra los abusos de poder y contra la fama de los valores sustancialmente falsos... Todo este haz de modos y de rasgos le acompañaba en su salida al mundo».⁵¹

De joven había sentido Pereda afición por la caza y la equitación, ejercicios que no aparecen apenas en sus novelas. No fue bebedor habitual de alcohol ni de café, que perjudicaban su salud. En cambio, fue un buen fumador, como su amigo Pérez Galdós.

Desde niño dio muestras de trastornos nerviosos que se fueron agravando con los años y cuyos síntomas describe en su novela *Nubes de estío*. Tal vez el estar siempre acompañado por sus amigos se debiera a la necesidad que sentía de afecto y cariño al ser una persona insegura y sensible a la crítica literaria de su obra.

Era Pereda un hombre ordenado y cuidó con atención su aspecto y vestimenta y, de igual modo, se rodeó de las mejores comodidades y adoptó enseguida cualquier innovación que le pareciera oportuna. Sus amigos han resaltado cómo fue de los primeros usuarios del teléfono y de la americana como prenda, cuando estos aparecieron.

En las tertulias ocupaba el puesto principal por su gracia y las agudezas que vertía en su amena conversación. Fue un buen polemista y un conversador ingenioso. Rodrigo Soriano decía que su temperamento, cuando se explicaba, era de «puros nervios», con movimientos frecuentes de las manos y hasta las lentes se meneaban sobre su nariz.

Galdós recordaba así el carácter de su amigo:

«Admiré primero su ingenio, que potente se revelaba en sus obras juveniles; pronto admiré su carácter; en el trato amistoso con la persona que, andando el tiempo, había de ser una de las más



Pereda a los veintiocho años.

⁵¹ PEREDA, Vicente de: «Portada», *Bol. Biblioteca M. P.*, 1933, pp. 2-4.



Caricatura de Pereda según una tarjeta postal de la colección Montagud.

ilustres de nuestra nación, aprendí muchas cosas y adquirí no pocas ideas, entre ellas una que estimo de gran valor: la idea de que existe perfecta fusión entre la naturaleza moral y la naturaleza artística».⁵²

Anteriormente le había ya definido, el 28 de febrero de 1888 en un artículo en «*La Prensa*» de Buenos Aires, como

«un hombre de cualidades excepcionales, tan inflexible en los principios que no conozco a nadie que en esto se le iguale, y al propio tiempo amenísimo en su trato, sencillo en sus costumbres, cariñoso con sus amigos, consagrado exclusivamente a su familia y al cultivo de las letras, por devoción sincera, más que por lucro, hombre, en fin, como hay pocos, y seguramente no es nuestra época la más abundante en personas de esta calidad» (p. 301).

En el aspecto religioso fue un católico convencido y ferviente, sin las dudas que tuvo, por ejemplo, Pérez Galdós. En este mismo *Discurso en la Academia* recordaba las interesantes conversaciones que mantuvieron a veces con amigables disputas y le asombraba la firmeza de sus ideas y su pensar inflexible, sobre todo en el aspecto religioso, siempre llevado con benevolencia amistosa. Sin embargo, hizo la advertencia de que Pereda no era tan clerical como la gente opinaba ni él tan librepensador como suponían otros.⁵³ Era, en definitiva, una religiosidad que había conocido y practicado desde niño en el ámbito familiar.

Este aspecto condicionó su obra en la que, con la excepción de *La Montálvez*, no intentó utilizar argumentos o personajes que rozaran la moralidad cristiana de entonces, muy sometida a la influencia de la Iglesia. Tal como figura en la *Nueva guía de Santander y la Montaña* de 1892, Pereda formó parte de la Junta de teatros encargada de la censura de espectáculos. Ello explica que en los teatros no se

⁵² *Discursos leídos ante la Real Academia Española*, Madrid, 1897, pp. 157-58.

⁵³ MADARIAGA, Benito: «Menéndez Pelayo, Pereda y Galdós: ejemplo de una amistad», en *Páginas galdosianas*, Prólogo de Rodolfo Cardona, Santander, Edic. Tantín, 2001, pp. 11-28.

permitiera la representación de obras que no estuvieran aceptadas por la jerarquía religiosa en cuanto a sus argumentos, vestimenta o diálogos. Como escribe Alicia G. Andreu, «la literatura española de consumo, escrita entre los años 1840 y 1880, se puede definir como un enorme manual de conducta orientado a promover especialmente en un público lector femenino una nueva toma de conciencia que estuviera de acuerdo con los valores de segmentos conservadores de la sociedad española de la época».⁵⁴ Con los espectáculos ocurría lo mismo. Por ejemplo, el estreno en Santander y en la provincia del polémico drama *Electra*, de Pérez Galdós, tuvo grandes dificultades, hasta el punto de que en Laredo no facilitaron un local para la representación, prohibida por el Obispado.

A su vez, los escritores sufrían una autocensura, sobre todo en las localidades pequeñas, en las que el autor no quería poner en peligro la venta y distribución de su obra.

Hubo casos curiosos de autocensura social en la burguesía de entonces, que nos sirve a modo de ejemplo, como ocurrió con la obra *Un año de matrimonio o el casamiento por amor*, drama en tres actos, escrito en francés por Mr. Ancelot y arreglado a la escena española por Beltrán Museo (Madrid, 1833). Fue representada con tibia acogida por la clase burguesa debido a su argumento en el que se trataba el tema del enlace entre familias distinguidas y humildes. Al considerarse entonces socialmente degradante, el editor se vio obligado a poner en la publicación una advertencia a los lectores.

Cuando se trata de completar el carácter de Pereda nos encontramos ante un escritor que, tanto en el aspecto personal como en el literario, ofrecía a sus contemporáneos una imagen singular y muy diferenciadora hasta el punto de que Menéndez Pelayo diría de él que «lo que había de característico en su estructura mental era incomu-



Fotografía de 1872, cuando es diputado a Cortes.

⁵⁴ Galdós y la literatura popular, Madrid, Soc. G. Española de Librería, 1982, p. 51.



El escritor, enfermo, en 1905 con su mujer Diodora y la nieta.

nófobo y de «genio vivo y penetrante», como le describe el párroco de Polanco.

Concepción F. Cordero fue la primera en señalar lo que había de contradictorio y paradójico en su temperamento, entre lo que expresaba y lo que realizaba, que se repite con bastante frecuencia en su conducta y que puede comprobarse en sus declaraciones, por ejemplo, sobre el baile o cuando censura a la clase de la alta burguesía a la que perteneció o en su comportamiento ante la monarquía liberal al aceptar en 1903 la Gran Cruz de Alfonso XII siendo un representante del carlismo. Esta actitud ambigua, como opina Fernández Cordero, pudo deberse posiblemente a su carácter y sentimiento antirrepublicano. Yo diría que le ocurrió como a su personaje Matica, de *Pedro Sánchez*, que se caracterizaba por las «contradicciones aparentes de su carácter».

⁵⁵ Ver el prólogo al *Sabor de la tierra* y de W. H. Shoemaker, *Las cartas desconocidas de Galdós en La Prensa de Buenos Aires* (1973), pp. 300-306.

⁵⁶ Contestación de Benito Pérez Galdós en *Discursos leídos ante la Real Academia Española* (1897), p. 187.

nicable, y él mismo no hubiera podido definirlo». Su compañero Pérez Galdós, que le conocía bien, destacó «su personalidad vigorosa» y lo singular de su obra literaria que le hacía ser diferente a los escritores de su tiempo.⁵⁵ Fue también el autor canario el primero en señalar la xenofobia de Pereda. En este sentido señaló que nunca iba a Madrid y que para conocerle había que ir a Santander o a su casa de Polanco.⁵⁶ No tuvo tampoco su amigo inconveniente en señalar en su Discurso en la Academia el padecimiento de la neurosis, de la que habla también Enrique Menéndez Pelayo y de la que ofreció algunos síntomas que tienen interés para el análisis de su carácter xe-

—Gloria Literaria—

—UN HONOR MAS, TRIBUTADO POR ADVERSARIOS POLÍTICOS,

AL ESCRITOR MONTAÑES - POLÍTICO - TRADICIONALISTA —

—JOSÉ MARÍA DE PEREDA—

—EN LA INAUGURACIÓN DE SU ESTATUA—

Todo por Dios, por la Patria y por el honor

SANTANDER ENERO 23 DE 1911

Hoja repartida con motivo de la inauguración de su monumento.

Amistades e influencias literarias

Para poder conocer el pensamiento de José María de Pereda y su carácter, resulta imprescindible tener en cuenta la influencia que ejercieron en él, el ambiente familiar y el grupo de amigos. La descripción que hace Vicente Pereda del carácter de sus padres, de su talante religioso y de la forma de vida que llevaron es suficientemente expresiva (Ver el apéndice). No obstante, no creo que fuera de una «transigen-
cia ilimitada» dentro del dogma católico.

Perteneciente a una familia católica y tradicionalista, recibe desde niño el troquelado de sus padres, preferentemente de la madre, y se ve protegido en su juventud por la tutela de su hermano mayor Juan Agapito. Si bien es verdad que en su vida no hubo especiales datos curiosos, al no salirse de una monótona uniformidad, también es cierto que careció de contratiempos y adversidades económicas, a pesar de no tener un empleo fijo. Desde su juventud y a partir de su casamiento pudo y supo unir su afición literaria a una dedicación a los negocios. Aunque la literatura no le dio para vivir, fue después un complemento económico importante al ser uno de los escritores más leídos de la Restauración.

En su juventud frecuentó la amistad de un grupo de santanderinos adscritos al neocatolicismo y al carlismo. Ellos le animaron a presentar su candidatura como diputado por el partido carlista al que

estuvo afiliado y al que pertenecieron otros miembros de su familia. Este grupo cohesivo y cerrado fue una especie de guardia pretoriana que le ayudó y le eligió como regidor de sus tertulias. A los treinta y ocho años es ya diputado a Cortes y aunque ejerce como tal poco tiempo, le permite conocer directamente las intervenciones en el Parlamento de las figuras más sobresalientes de la política de aquellos momentos. Su amistad con la familia de Menéndez Pelayo le une al sabio santanderino, mentor y defensor de su obra. Don Marcelino vio en Pereda al mejor representante contemporáneo de las letras de su tierra natal y no sólo le animó a escribir, sino que cuando hizo falta salió en defensa suya, realizó la crítica de su obra de una manera estimulante y, sobre todo, le aconsejó que no se apartara de los temas locales en los que sobresalía por ser el mejor pintor de aquel Santander de antaño a través de unos cuadros y tipos costumbristas que se hubieran perdido del recuerdo de las gentes. El erudito santanderino conoció previamente algunos de los escritos publicados por el escritor de Polanco, como ocurrió con la novela *Pedro Sánchez*. Sospechamos que debió de suceder lo mismo con lo escrito durante su intervención en los Juegos Florales de Barcelona de 1892 y en el caso del *Discurso* en la Real Academia Española, este último consultado, sin duda, en el ejemplar entregado a la censura de la misma, en la docta institución. Pero de esa época tan importante para él y de este tema sólo se conserva una carta (11-XI-1896) y las restantes son posteriores, lo que me hace sospechar que no se publicaron todas o se perdieron algunas, dado el número escaso de ellas, que contrasta con el de las dirigidas a Galdós sobre el mismo acontecimiento. Es indudable que el novelista consultaba a don Marcelino todos aquellos temas eruditos que trataba y, por supuesto, lo hizo con su *Discurso* de entrada en la Academia.



Fotografía del escritor en 1876.

Pereda, con sus escritos, reconstruyó, como decimos, toda una época y lo hizo con gran acierto para el gusto popular. No fue el primer costumbrista montañés, pero sí el mejor. Nadie había reflejado como él los ambientes de los barrios de pescadores, sus disputas y tragedias o el paisaje y las escenas campestres del medio rural cántabro. Pero esa visión no se aparta nunca de los modelos estereotipados y acordes con la moral burguesa. En Pereda sus curas son siempre buenos y cumplidores, sus mujeres cuando son malas terminan igual que los personajes negativos pagando el pecado de su maldad. Véase, por ejemplo, el caso de Fonsa Calostros en «Ir por lana». Es impensable que pudiera escribir como Galdós una novela al estilo de *Tormento*, donde aparece un sacerdote seductor.

Algunos de estos amigos a los que tanto debió, como es el caso de «Pedro Sánchez» (José María Quintanilla), también le perjudicaron con la vigilancia a que sometieron sus obras pasándolas por la censura de una moral ultramontana. Gumersindo Laverde le amonestó por los que estima atrevimientos sexuales en sus libros y Amós de Escalante se erigió en jefe de los que atacaron *La Montálvez* por considerar a esta novela inmoral. Cuando trata de política en sus escritos, los «malos» son los liberales, republicanos y progresistas. La revolución del 68, como hemos dicho, le traumatizó por lo que supuso de cambio de mentalidad y de costumbres, quizá más adversa a su pensamiento que a sus intereses. En los últimos años los movimientos revolucionarios y el anarquismo le conturbaron. En cambio, los carlistas, tan escasamente tratados en su obra, no aparecen con una visión real y sólo de pasada. No se refiere, por ejemplo, a la Segunda Guerra Carlista, ni a las incursiones de su ejército en la zona oriental de Cantabria y cuando en 1874 el general Mendiri intentó tomar Santander. Sus amigos más íntimos y algunos de los escritores de su mayor confianza fueron carlistas. Entre los primeros estaban Fernández de Velasco, Mazarrasa, Juan Pelayo (tío materno de Menéndez Pelayo), Máximo y Paulino Díaz de Quijano, José Antonio de la Cuesta,

Romualdo G. Allende, Adolfo de la Fuente, Fermín Bolado Zubeldia y entre los escritores foráneos Manuel Polo y Peyrolón, Eduardo Bustillo y Robustiana Armiño.

La apoyatura moral y crítica que le prestaron le resultó, sin embargo, funesta. Un ejemplo es cuando le pidió a Gumersindo Laverde algún argumento para sus novelas y éste le sugirió una sobre la gesta de Covadonga y otra no menos absurda sobre la masonería. Su dificultad para novelar se advierte cuando le pregunta de nuevo a Laverde si sería buen tema para una novela la historia de un bibliófilo que viaja y trata a otros tipos extravagantes y amantes de la filosofía.⁵⁷ De aquellas tertulias con sus amigos de «Las Catacumbas» no salió ningún proyecto importante, no publicaron ninguna revista propia y únicamente el diario *El Atlántico* sirvió de limitado portavoz de sus expresiones literarias. Por ello, este grupo se quedó únicamente en lo que era, en tertulia de un grupo de amigos.

Un caso curioso digno de citarse es el banquete de homenaje que le ofrecieron en Madrid los componentes del Bilis Club (llamado así por su carácter bilioso y crítico), formado en su mayoría por liberales y republicanos, tertulia a la que acudían, entre otros, Leopoldo Alas, Luis Taboada, Manuel Reina, Adolfo Posada, Flores García, Eduardo Bustillo, Armando Palacio Valdés, etc. Pereda acudió alguna vez a las reuniones y lo sorprendente estuvo en que el banquete se lo ofrecieron los liberales a raíz de publicarse *Sotileza*. Al final, uno de los asistentes le preguntó:

—Don José, ¿por qué no viene usted más a menudo a Madrid a pasar algunas temporadas? —A lo que Pereda dicen que le contestó sonriendo, sin perder su habitual humor:

—Es que temo hacerme liberal por agradecimiento.

En 1885 en su viaje a Madrid asistió al acto en honor de Mesonero Romanos en el que se descubrió una lápida conmemorativa en la fachada de la casa del escritor, homenaje organizado por la Sociedad de Escritores y Artistas en el que habló Pereda en nombre de los escritores

⁵⁷ «Cartas de Pereda a Laverde», ob. cit., p. 220.



Fotografía del novelista en 1892.

costumbristas. En este mismo año, en compañía de Galdós y de Andrés Crespo, realizó el citado viaje a Portugal y los tres amigos visitaron Lisboa, Cintra, Coimbra y Oporto y únicamente se entrevistaron con el erudito portugués García Peres. Resulta curioso que las impresiones de este viaje fueron matizadas por ambos escritores de manera muy diferente.

Respecto a su amistad con Galdós, la convivencia de ambos durante muchos años en el verano les hizo conocerse a fondo y apreciarse mutuamente como escritores. Fue una amistad entrañable y es indudable que existió una influencia mutua entre ambos que no conocemos con suficiente detalle. Los dos estuvieron al tanto de lo que publicaron sus compañeros y era obligada la lectura de las novedades que salían cada año como se desprende de los comentarios epistolares. En el citado diario *«La Prensa»*, de Buenos Aires, publicó el novelista canario el artículo comentado sobre su amigo polanquino en el que analiza su carácter y su obra literaria, que recoge en estas palabras:

«Es por esto el más español de los escritores modernos, y entre su dicción pura y elegante y su manera de tratar los asuntos, poniendo en ellos la rectitud inflexible y los rasgos tradicionales del carácter español, hay una relación directa. Sus obras están cinceladas en el bronce de la tradición literaria castellana, lo que les garantiza duradera existencia». ⁵⁸

A su vez, Pereda había manifestado en 1900 en *El Eco Montañés*:

«Menéndez y Pelayo y Galdós son dos milagros vivientes que asombran por su labor inmensa, y más aún por los tesoros de saber y de arte que hay en sus libros. Su fecundidad maravilla; su fama está cimentada sólidamente; resisten la comparación con los más grandes escritores de otros países...»

⁵⁸ Ob. cit., p. 302.

Hombre sensible a la crítica, no admitía Pereda, sin embargo, fácilmente las que censuraban aspectos de su obra o las que le pedían hacerse más universal y abierto en los temas y en los ambientes. Por ello a veces le rogaba a su amigo José María Quintanilla que se adelantara con algún artículo que sabía iba a ser siempre favorable. Otro de sus defectos fue el introducir demasiados localismos y temas o asuntos regionales que hacían la novela poco atractiva, en ocasiones, para los habitantes de otras regiones. Sin embargo, hay que reconocer en Pereda su gran capacidad para el diálogo, la maestría de sus retratos caricaturescos y el haber sido uno de los primeros en tratar el paisaje como fondo de sus novelas. La exageración en los trazos, la falta de apertura a nuevas corrientes literarias y el no haber llevado su obra por cauces menos sofisticados estropeó algunas de ellas, como *De tal palo, tal astilla* o *La Montálvez*, donde el lector se percata enseguida de los fines moralizadores buscados por el autor. Con todo, su obra costumbrista y algunas de sus novelas figuraron entre las más destacadas creaciones literarias de su siglo. Menéndez Pelayo le consideraba el mejor costumbrista español y sus coetáneos le llamaron el Teniers cántabro y compararon su pluma con la paleta de Velázquez y su lenguaje con el de Cervantes. La ayuda que le prestaron críticos como Gumersindo Laverde y José María Quintanilla («Pedro Sánchez») le sirvió más de estímulo y halago que de revulsivo para buscar nuevos rumbos literarios.

Respecto a las influencias recibidas, fueron más personales que de corrientes literarias. Galdós dijo de él que no se parecía a ninguno de ellos por sus características peculiares. Sin embargo, las influencias del post-romanticismo y del costumbrismo se dejan sentir, sobre todo, en sus primeros escritos. Quizá merezca una mayor consideración sus apuntes en el retrato de las personas, en lo que fue un maestro en la



José María Quintanilla («Pedro Sánchez»).



Gumersindo Laverde.

caricatura, con algunas páginas que nos recuerdan un aguafuerte goyesco.

Fue Pereda un gran lector y buen espectador de cuantas comedias, dramas y zarzuelas pasaron por Santander. Así entre las muchas que vio, figuran el melodrama *La aldea de San Lorenzo*, de Tamayo, sobre la que había también una novela basada en el drama; *La alegría de la casa*, comedia de M. M. Bourgeois y Decourcelle, editada en Madrid en 1855 y vista por Pereda en 1865; *La comedia nueva o El café*, de Fernández de Moratín, presenciada en 1862; La comedia *La escuela de los maridos*, de Poquelín, a cuya representación asistió en 1860; la titulada *La escuela del matrimonio*, de Bretón, vista también en 1860; el drama *Ana*, con música de Donizetti, al que asistió en 1865; *Lucrecia*, tragedia de Fernández de Moratín; las comedias de Eguílaz, *Verdades amargas* y *Los soldados de plomo*, etc. Cuenta que su admirado Julián Romea, intérprete de *El hombre de mundo*, le impresionó fuertemente cuando le vio actuar por primera vez.

Entre el numerosísimo repertorio de obras estrenadas, un buen número de ellas estaba traducido del francés por autores como Ramón Arriola, Manuel Bretón de los Herreros, Antonio Gil y Zárate, José María de Carnerero, Ventura de la Vega, Manuel Antonio Lasheras, Vicente Rodríguez de Arellano, Ángel Iznardi, etc. Como espectador, Pereda realizó el cometido de crítico provinciano a través de sus artículos en *La Abeja Montañesa*, lo que le permitía asistir a los espectáculos teatrales y líricos que se representaban en la ciudad. Se trataba de obras, como hemos dicho, de Fernández de Moratín, Eguílaz, Bretón, Vega, Tamayo, Olona, Camprodón, etc., autores de comedias ligeras, dramas históricos, melodramas, juguetes cómicos, etc., con unos argumentos convencionales o románticos. Muchas de las obras de teatro decimonónico eran traducidas y acomodadas o arregladas al

teatro español por estos autores, que encontraban así una forma de vivir ante las peticiones de los editores para publicar las obras de teatro que se representaban en las principales ciudades y pueblos de España. Por ejemplo, Bretón fue autor y traductor. Esto mismo ocurrió con Ventura de la Vega. Casos hubo en que esa profusión les llevó a señalar que la obra estaba imitada del francés, como sucedió con la comedia *El día más feliz de la vida* (1832), de Antonio Gil y Zárate, lo que parece indicar que tuvo más de plagio que de inspiración.

No tenemos una información sobre la biblioteca del escritor de Polanco por haberse dispersado y cedido, en parte, a la Biblioteca Municipal de Santander. Sí conocemos algo más respecto a cuáles fueron sus lecturas. Sabemos que leyó a los clásicos españoles del Siglo de Oro y a los principales autores contemporáneos, sobre todo a los costumbristas y de folletín. De estos últimos leyó, sin duda, a Wenceslao Ayguals de Izco y a Fernández y González. Conoció bien la obra de Cervantes, en especial sus novelas, así como la de Quevedo y la de los místicos y autores teatrales. De los decimonónicos había a la venta un gran surtido en diversas imprentas, como la de José Torner, de Barcelona, la de Cano, la de M. Tello, la de Vda. e Hijos de José Cuesta, la de Miguel de Burgos, etc. Algunos autores como Francisco Camprodón tuvieron mucho éxito con dramas del estilo de *¡Flor de un día!* y *Espinás de una flor* y José Echegaray con *La muerte en los labios*, aparte de autores con otras obras, muchas de ellas traducidas. Para representarse debían las obras de ser informadas por el Censor, según la norma vigente. A principio de siglo se anuncian en 1837, en la librería de Escamilla, la colección de novelas históricas originales españolas, los artículos y las obras dramáticas y de costumbres de *Fígaro*, el *Panorama matritense* del *Curioso Parlante*, etc.

De los escritores europeos, los más leídos por él fueron los franceses, italianos, ingleses y menos los alemanes. Así le llegaron, traducidas, obras de Paul de Koch, Lamartine, Dumas, Alfonso Karr, Legeray, Daudet, Flaubert, Balzac y Zola, etc., cuyas versiones se vendían en la

librería de Fabián Hernández, de Santander. Narciso Oller le recomendó, de este último autor, la lectura de *Germinal*; de los de lengua inglesa leyó a Shakespeare, Dickens, Oliver Goldsmith, James Fenimore Cooper, Walter Scott, Edgar Allan Poe, etc.; de los italianos a Dante, Manzoni, Leopardi y entre los alemanes a Goethe, autor muy admirado por su hijo Vicente; y de los portugueses a Almeida, traducido al español por Benito Estaun, y a Eça de Queiroz, al que intentó visitar en su viaje a Portugal; también a Oliveira Martins, al que sí saludó, etc. Las ciudades de Madrid, Barcelona y Valencia acapararon la mayoría de las traducciones españolas. Otras provenían de Francia y de los países hispanoamericanos. La zarzuela, entonces de moda, fue otro de los espectáculos a los que asistió con frecuencia en Madrid, en el Circo de la Plaza del Rey, igual que de niño y de joven acudió al circo. Entre las que vio estaban *Amor y misterio* y *Los Magyares*; de Olona; *El diablo en el poder* y *Una vieja*, ambas de Camprodón; *Pan y toros*, de Picón; la ópera *Elixir del amor* de Frontaura, etc.

Tuvo Pereda también especial predilección por los historiadores de Indias, entre ellos, Bernal Díaz del Castillo al que leyó en la Biblioteca de Autores Españoles y W. H. Prescott, la *Historia de la conquista de México* y su segunda obra sobre la conquista del Perú, ambas traducidas del inglés por J. B. Beratarrechea y publicadas en Madrid en 1847. En una de sus cartas al mejicano Francisco José (19-II-99) se lo confesaba en estos términos:

«Cabalmente es una de mis *chifladuras* el *Méjico* del tiempo de la conquista, con sus lagunas y sus calzadas y sus ciudades costeras. En lo que se refiere a las hazañas de los conquistadores, me sé de memoria a Prescott y poco menos a Solís, a Bernal Díaz y a cuantos historiadores han tratado de esta asombrosa epopeya, a cuya *realidad*, como a la del Perú y a la de las hechas por Colón y sus compañeros, no han llegado jamás las invenciones de la humana fantasía, al decir del mismo Prescott».

También leyó las principales obras de los autores hispanoamericanos sobre los que tuvo, en algunos casos, especial influencia y a los que

otorgaba una gran consideración, como ocurrió con Juan León Mera, M. A. Caro, A. Gómez Restrepo y su admirador Gustavo Martínez Zuviría («Hugo Wast»), al que se llamó «el Pereda americano».

El escritor de Polanco fue para él «un maestro insuperable» del que dijo Zuviría: «He leído todos sus libros, sin excepción, y los más de ellos cinco o seis veces. Me animaría a vivir en una isla desierta sin más novelas que las suyas».⁵⁹

El 9 de agosto de 1892 le decía a J. F. Mera, hijo del autor de *Cumandá*: «Yo he leído mucho y en muchos estilos y con muy diversos fines sobre las Cordilleras y los ríos y los salvajes de todas las Américas descubiertas y por descubrir, pero en unos casos por causa de más y en otras por causa de menos, rara vez me han llegado al alma aquellas cosas».



Alfonso Daudet, uno de los autores franceses leído por Pereda.

⁵⁹ MARCHINO, Alejandro: «El lenguaje en Hugo Wast», en *Una estrella en la ventana*, Madrid, 1943, nota 1 de la p. 5.

Pereda regionalista

La fama de autor regionalista en Pereda tuvo dos vertientes: una por su temática del costumbrismo cántabro al ser copista, como él decía, de una realidad de los tipos y modos de vida de su tierra, y otra por su deseo de una cierta autonomía administrativa provincial. Sólo dos o tres obras tienen su desarrollo fuera de Cantabria, aunque los personajes en cualquier caso tienden a regresar como el «Hijo pródigo» a la casa paterna. Su deseo de que fuera así su obra le hizo suprimir en las *Escenas* aquellos cuadros que no le parecieron propios de su provincia y aunque intentó enmascarar los escenarios, los comentadores de su obra han ido señalando los lugares y referencias a la topografía cántabra.

Fue su capítulo «Palique» el que originó que, al defender la literatura catalana, le invitaran sus escritores a presidir los Juegos Florales de 1892 de Barcelona. En el fondo, los catalanes esperaban que aquella primera defensa literaria se extendiera a otros campos. Pereda fue agasajado durante su estancia, pero sus demostraciones regionalistas no pasaron de ser un canto a la región, a sus peculiaridades culturales y literarias, sin referencias políticas a ese regionalismo separatista que a él personalmente le molestaba cuando iba dirigido contra la unidad nacional. Ese regionalismo sensorial, como lo llama Bonet, sirvió más de propaganda que de muestra de un movimiento efectivo. Sin acción

política y demanda descentralizadora no existe propiamente tal paso y así habría más bien que hablar, en su caso, de «provincialismo», como discurso en favor de los intereses materiales y culturales de la tierra natal. La semilla no prendió en Cantabria en un sentido popular, ni formó Escuela ni tuvo seguidores en este campo, pese a ser considerado Pereda escritor regionalista. Ello no quita para que Cantabria, entonces provincia, tuviera sus inquietudes y apoyara y sintiera más tarde la necesidad de una descentralización.⁶⁰ La influencia de Pereda fue notoria y reconocida entre los autores más destacados de este movimiento. A este respecto lo reconoce así Enrique Miralles:

«Para los regionalistas, en suma, el autor de *Sotileza* era el más cualificado representante de la literatura castellana en su calidad de regional por todas las características a las que me he referido de exaltación de la patria chica, de canto a la vida rural, de conservadurismo y tradicionalismo, de espíritu anticentralista, de defensa del patriarcalismo, de expresión de una raza y de preservación de unos rasgos lingüísticos propios».⁶¹

El interesado en estos temas debe leer su Discurso expuesto como mantenedor en los Juegos Florales de Barcelona en 1892 y el pronunciado en la Real Academia Española en 1897, suficientemente esclarecedores del pensamiento del escritor en esta materia.



Pereda en 1897.

⁶⁰ MADARIAGA, Benito: *Crónica del Regionalismo en Cantabria*, Santander, Edic. Tantín, 1986.

⁶¹ «Pereda y los nacionalismos (regionalismos) peninsulares», en *Peñas arriba, cien años después*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1997, pp. 197-229. Ver también de BONET, L.: «Pereda entre el regionalismo y la lucha de clases», en *Literatura regionalismo y lucha de clases*, public. de la Universidad de Barcelona, 1983.

Los últimos años del novelista

La muerte trágica de su hijo primogénito Juan Manuel supuso una ruptura en el normal desarrollo de la vida del novelista. A partir de ese momento se llenó su pensamiento de malos presagios y complejos de culpabilidad. La desgracia le pareció una prueba de Dios y le conturbó el hecho de que se suicidara, por lo que solicitó de los prelados de algunas diócesis le concedieran, tras la muerte, las indulgencias oportunas. Comenzó a leer el libro de Job y sólo la resignación cristiana y su profunda religiosidad le permitieron salvar el estado de postración en que cayó. Se agravó su neurastenia y envejeció prematuramente. A duras penas y gracias a la ayuda de sus amigos y de la familia pudo concluir *Peñas arriba*, la novela que estaba escribiendo, en cuyo manuscrito existe una cruz trazada en la página 18 del capítulo XX (Set. 2/93, sábado) que recuerda aquel triste suceso. La carta que le dirigió a Ruiz Contreras aclara perfectamente su estado de ánimo, en la que le dice que en trance estuvo de quemar lo escrito o esperar a días de mayor sosiego para procurar concluirla. Con una gran resignación le escribe:

«Dios es siempre grande y justo y misericordioso, y todo cuanto dispone y ejecuta, como el llevarme tan súbita y espantosamente aquel ángel cuya custodia en la tierra me había confiado, está bien dispuesto; yo bendigo y acato sus designios eternamente misteriosos e inescrutables,

pero las heridas abiertas en el corazón, carne flaca y perecedera, por el pedazo arrancado de él tan súbita y bruscamente como el que arrancó del mío, duelen mucho, y no hay reflexión que alcance a cicatrizarlas, si la misericordia de Dios no viene en nuestro auxilio. No sé, por eso, lo que será de mí en adelante, ni la extensión de camino que podré recorrer con una cruz de tanto peso sobre mis hombros». ⁶²

Hoy sabemos que Juan Manuel padecía depresiones, causa primera de la mayoría de los suicidios. Para su padre, al dolor por la pérdida del hijo se unió el hecho de haber muerto de esa forma, cuando la Iglesia entonces no permitía su entierro en los cementerios católicos. En un principio se ocultó el hecho y algunos periódicos informaron de que había sido un accidente cuando estaba limpiando la escopeta con la que se quitó la vida. Su profunda religiosidad, como decimos, y el apoyo de los amigos supusieron el mejor bálsamo a su espíritu dolorido e inconsolable.

Cuando terminó la novela, la obra alcanzó un éxito enorme como él mismo se lo cuenta al mexicano José Portillo y Rojas (19-II-1899) con estas palabras:

«Me halaga mucho el juicio que le ha merecido a V. lo que conoce o conocía al escribirme, de *Peñas arriba*. Es este un libro cuya última mitad fue escrita en la situación de ánimo que se declara en la dedicatoria buscando yo en su trabajo más que la terminación al comenzarlo, un refugio para el alma dolorida; y quizás sea debido a la compenetración de esa nota de color con el asunto, el extraordinario éxito que aquí alcanzó la obra, y hasta la repugnancia que siento desde entonces acá de acometer otra distinta, repugnancia que ha ido acentuando a medida iban cayendo sobre esta infeliz España los desastres y las vergüenzas que no han acabado todavía. Dios nos tenga en su mano» (Fondo F. Vial, Biblioteca Municipal de Santander).



Aspecto triste y enfermizo de Pereda
a raíz de la muerte de su hijo.

⁶² Carta del 8 de diciembre de 1893 en t. VI de *Varios* sobre J. M. de P., Ms. 512, en Biblioteca Municipal.



Cruz de la tumba de Juan Manuel de Pereda diseñada por Pérez Galdós. Se fabricó con la escopeta con que se suicidó. Lleva una leyenda latina compuesta por Menéndez Pelayo.

Ya después de esto fue muy difícil animarle a escribir y únicamente publicó su novela corta *Pachín González*, basada como se sabe en el hecho real ocurrido con un joven que estuvo buscando a su padre perdido, a raíz de la catástrofe del «Cabo Machichaco», vapor que explotó con un cargamento de dinamita. Al fin le encontró entre los cadáveres en el hospital. Sólo tuvo que cambiar en el relato el padre por la madre para dar más patetismo al suceso.

El evento fue presenciado por Pereda que pudo comprobar personalmente los desastres ocurridos en la ciudad, el número elevado de víctimas y el terror de las gentes. Aparte del monumento que se eleva en la ciudad en recuerdo de las víctimas, en el cementerio de Ciriego existe otro menos conocido donde reposan los restos de los no identificados.

Resulta curioso que Pérez Galdós, que no observó el desastre, escribió dos reportajes de gran exactitud sobre las dos explosiones.⁶³

Mucha gente ignora que los trabajos de extracción de los restos del barco sumergido ocasionaron una nueva explosión debida a los cristales de nitroglicerina depositados sobre el casco de barco. Galdós lo describe así:

«A las nueve y cuarto bajaron los buzos del puerto, que turnaban con los de Ibarra, y no habían puesto los pies sobre el casco, cuando la espantosa detonación destrozó en un instante las vidas de cuantos allí trabajaban. Los buzos perecieron a pedazos, y de algunos de ellos no ha podido identificarse más que un pie. Los demás operarios que fuera del agua estaban, fueron lanzados al mar o a tierra, pereciendo los más de ellos. Por causa de la hora, no había curiosos en el muelle, y el número de víctimas fue relativamente corto» (p. 528).

En los años posteriores y una vez nombrado Pereda académico dio prácticamente por terminada su obra literaria. En marzo de 1872 fue

⁶³ SHOEMAKER, William H.: ob. cit., pp. 503-510 y para la segunda explosión, ver las páginas 526-532.

nombrado Correspondiente de la Real Academia Española y en febrero de 1897 leyó el Discurso como miembro de número. Fue éste un acto muy emotivo y destacado dentro de los nombramientos realizados en ese siglo en la Real Academia Española, tanto por los intervenientes como por los discursos de los recipientes. Galdós tuvo que ser propuesto por segunda vez y le contestó Marcelino Menéndez Pelayo. En cambio, Pereda ingresó a la primera y la contestación corrió a cargo de su amigo Benito Pérez Galdós con poca diferencia entre ellos en las recepciones públicas que tuvieron lugar los días 7 y 21 de febrero. Pereda habló acerca de la novela regional. Doy por sentado que el discurso fue leído y aprobado por Menéndez Pelayo, aunque luego Galdós al contestarle le puso algunos reparos ya que, como dijo allí, «todos somos regionalistas, aunque con menos fuerza que Pereda, porque todos trabajamos en algún rincón, digámoslo así, más o menos espacioso de la tierra española». A su juicio, la metrópoli era región y por ello opinaba su compañero canario que se podían imaginar y componer obras trascendentales en cualquier parte del territorio y que por esta razón no se debía regatear el sentido nacional a las creaciones.

Esos discursos fueron todo un ejemplo de amistad y tolerancia entre unos intelectuales discrepantes en diversos aspectos de sus respectivas ideologías políticas y religiosas. Pero, además, hubo retractación de Menéndez Pelayo respecto al hecho de haber introducido a Galdós, injustamente, entre los heterodoxos y éste, a su vez, contó las discrepancias con Pereda respecto al tipo de novelas que escribía entonces:

«Cuando presentaba yo, en mis novelas de los años 75 y 76, casos de conciencia que no eran de su agrado o desdecían de sus ideas, me reñía con sincero enojo, y a mí me agradaba que me riñese. Conservo como oro en paño, entre los papeles de nuestra larga co-





Monumento en Ciriego con los restos de las víctimas del vapor «Cabo Machicaco».

rrespondencia, sus acerbas críticas de algunas obras mías que no necesito nombrar; juicios de gran severidad que son la mejor prueba de la consistencia de sus doctrinas y del afecto que me profesaba, el cual ni por éstas ni por otras divergencias menos importantes se ha enfriado en los años sucesivos». ⁶⁴

La entrada del novelista en la Academia incrementó su popularidad, ya en parte reconocida en el ámbito nacional. El 21 de febrero se celebró en Madrid un banquete literario en honor suyo, organizado por el novelista y Primer Secretario de la República Argentina, Carlos María Ocantes. Entre los asistentes se encontraban Valera, Galdós, Menéndez Pelayo, Salvador Rueda, el Conde de las Navas, Santos Chocano, Andrés Mellado, el Marqués de Valdeiglesias, aparte del anfitrión. La fotografía que recoge a los asistentes en el salón de fumar se puede ver actualmente en la casa del novelista en Polanco.

La revista *Nuevo Mundo*, del 4 de marzo de ese año, le dedicó una página entera con un grabado poco conocido de E. Porset y este título: «Don José María de Pereda en la Academia». El pintor Vahamonde le hizo en ese mismo año uno de los retratos más notables.

Todavía colaboró Pereda en el semanario *Apuntes* (1896-97) dirigido por el arquitecto Félix de la Torre, donde publicó en los ocho primeros números la novela corta titulada *Las brujas* ilustrada por Sorolla con cinco dibujos al óleo, que no pudo terminar a causa de una enfermedad, por lo que fueron continuados por su discípulo Teodoro Andréu. Su estado de ánimo se lo escribía así en noviembre del 98 a Galdós: «Me asombra esa fecundidad que ya le tiene con el tercer tomo entre manos. Bien sé yo quien, entre tanto, no encuentra la manera de poner una mala quilla en los vecinos astilleros de su pobre chirumen». Al año siguiente en carta a Narciso Oller le decía en términos parecidos: «¡Dichoso usted que trabaja y produce y vive todavía en las altas regiones del arte! Nunca me han parecido más

⁶⁴ *Discursos leídos...*, pp. 160-161. La Universidad Internacional Menéndez Pelayo ha publicado una edición facsimilar de los «Discursos» con un prólogo del rector José Luis García Delgado y una introducción de Benito Madariaga, Santander, 2003.

hermosas que ahora, que las voy perdiendo de vista, no sé si porque se me han cerrado sus puertas, o porque me faltan ya los alientos necesarios para llegar hasta ellas».⁶⁵

Sin embargo, en ese año del final del siglo escribió la pieza corta «El reo de P» [Potes], basada en un hecho histórico. En abril realizó un viaje a Madrid.

Su salud estaba ya para entonces resentida y en 1896 había pasado unos días en Comillas. En febrero de este año le contó a Oller sus achaques y el deseo que tenía de abrazarle en la primavera y le añade: «...si vivo para entonces».

No dejó por ello de seguir leyendo y, en cierto modo, estuvo un poco al tanto de lo que hacían los autores más jóvenes. En esta última etapa de su vida se intentó llevar al teatro algunas de sus obras más conocidas y así se representó en 1900, ajena a su autoría, *La leva* en el Teatro de la Zarzuela de Madrid. Luis Ruiz Contreras intentó hacer lo mismo con *La Puchera*, pero el autor no se atrevió a autorizar el ensayo, aun contando con su colaboración, ante un posible fracaso. Iniciado el nuevo siglo, Eusebio Sierra escribió el libreto de la zarzuela *Blasones y talegas*, con música de Chapí, que resultó un fracaso. En carta a Narciso Oller (16-II-1901) le informaba de que se trataba de un arreglo hecho con su autorización, si bien estaba arrepentido de haber dado su descendencia.

Sus últimos escritos son dos artículos publicados en 1900, uno de ellos, «De mis recuerdos», en *El Lábaro*, y el otro, titulado «La lima de los deseos», en la revista *Hispania*. Ambos fueron reproducidos en la sección «Artículos y escritos diversos», en el segundo tomo de las Obras



Banquete literario en febrero de 1897 en casa de Carlos María Ocantes.

⁶⁵ OLLER, Narcís: *Memòries literàries. Història dels meus llibres*, Barcelona, Aedos, 1962, p. 324.



Momento del discurso leído en la Academia.

comprenderlo. Ya iniciado el nuevo siglo le confiesa así al citado correspondiente José López Portillo sus ideas al respecto en esta carta (20-III-1900):

«De la otra plaga sobre la cual tantas y tan buenas cosas me dice V., del decadentismo o modernismo literario, que también nos tiene invadidos a nosotros, mucho tiempo hace ¿qué quiere V. que le diga yo después de las atinadas y discretas observaciones que tengo a la vista? Por acá, a Dios gracias, no se ha llegado a tomar en serio esa escuela; y digo que no se ha llegado, porque ya va de capa caída, y sólo reparan en ella sus cultivadores, interesados en que no muera, porque en ese caso no hallarían dónde acogerse para brillar, a su modo.

Yo llamo a estos hombres *enanos* del arte, y gentes que quieren y no pueden, y no resignándose a vivir y morir en las sombras de su incapacidad, se han agrupado para hacerse notar a fuerza de contorsiones y extravagancias, llamando, en los delirios de sus deseos nunca

⁶⁶ «Artículos y escritos diversos», O. C., II, Aguilar, 1974, pp. 1.430 y 1.417.

completas. Recogen los dos muy bien el talante religioso de Pereda. En el primero, donde yo creo que está él mismo representado, describe una de las escenas habituales de la Semana Santa de su pueblo. En el segundo, cuenta el declinar de la vida y hace un repaso de las edades del hombre y los insaciables deseos que persigue durante toda su vida. Resulta curioso que en este último, el novelista, refractario a la teoría del evolucionismo darwinista, alude negativamente a «los sabios que han dado en engreírse con su ilustre progenie de gorilas y chimpancés». ⁶⁶ Cuando escribe estos artículos le quedaban seis años de vida.

En el Discurso en la Academia, si bien consideró y aprobó el regionalismo literario no fue, en cambio, de su gusto el modernismo, por el que no sintió ningún interés ni llegó a com-

satisfechos, profundo a lo vacío, y artístico a lo deformé. Ahí, como que y como donde quiera que zumbe ese enjambre, pasará la nube como han pasado tantas otras semejantes, y seguirá el arte serio, inmutable como la ley de Dios, las de la naturaleza y las del corazón humano en que se inspira y seguirá triunfando en todas partes. Lo propio le va sucediendo al naturalismo grosero y le sucederá a toda manifestación artística que se salga de sus propios y naturales quicios.

Llevo mucho tiempo, años nada menos, sin tomar la pluma en la mano para otra cosa que despachar mi correspondencia y, lo que es peor, sin desear volver a las andadas. El tiempo no pasa en vano, amigo mío; y si a esto se añaden penas hondas y quebrantos del espíritu, mi natural tendencia a la vida aislada y de familia y la falta de estímulos y de contagios literarios en esta región de España en que no se respira otro ambiente que el del dinero ni se siente otra sed que la del negocio, fácilmente se explica esa desilusión y esta holganza en que he caído. Por eso no me atrevo a ofrecer a V. para esa publicación literaria que tratan de resucitar ahí, otra ayuda que la de un buen propósito de agradecerle en el alma la honra que me dispensa con su deseo» (Fondo F. Vial).

Por su parte, los modernistas y los representantes de las nuevas generaciones literarias, que cobran vigencia a finales y principio de siglo, atacaron a Pereda, como ha estudiado González Herrán,⁶⁷ por no interesarles como escritor, fenómeno que no ocurrió con Galdós que supo adaptarse a los nuevos tiempos. Entre estos impugnadores estaban Valle-Inclán, Pío Baroja y Rubén Darío. Resulta curiosa la reacción del escritor de Polanco ante este último, cuando se enteró de la opinión displicente que le merecía su estilo literario, a la que contestó Salvador Forniles defendiéndole; Pereda le agradeció la defensa «contra ciertas tonterías estampadas en *La Nación* —como dijo— por el extravagante venezolano Rubén Darío», del que ignora, como vemos, incluso su nacionalidad.⁶⁸ Sin embargo, es justo resaltar el juicio posterior de Azorín valorando la obra de Pereda como un precursor del paisaje y la opinión de Unamuno de que le había confesado Pereda que no le

⁶⁷ «Pereda y el fin de siglo (entre modernismo y el noventa y ocho)», *Nueve lecciones sobre Pereda*, Santander, 1985, pp. 223-259.

⁶⁸ Carta del 31-X-1899, en Fondo F. Vial en Biblioteca Municipal de Santander.



En su casa de Polanco en el verano de 1905.

gustaba el campo y su preferencia por el mundo santanderino de los mareantes, costero y urbano.

El casamiento de su hija en junio de 1903 supuso para él un nuevo estímulo y una alegría familiar al contraer matrimonio con Enrique Rivero, de Jerez de la Frontera, joven de buena familia que mereció su aprobación.

En la primavera de 1904 sufrió un ataque apoplético que le ocasionó una hemiplejia del lado izquierdo, que le impidió valerse solo con normalidad. Fue entonces cuando se dio cuenta de su penoso estado, tal como se lo comenta a Oller a finales del año si-

guiente en una carta en la que le dice: «Y ahora, compadézcarme de veras por esta cruz que arrastro y a tales malandanzas me obliga». Victoriano Suárez le publicó entonces el volumen XVII de sus *Obras completas* y, pocos meses después, en 1906, fallecía cristianamente como había vivido.



Un numeroso público acompañó al féretro.

Duelo, velatorio y entierro

Tras su muerte, el 1 de marzo de 1906, el pueblo de Cantabria y sus autoridades rindieron una sentida manifestación de duelo al novelista montañés por su obra, por sus muchas virtudes personales y por el encarecido amor demostrado a su tierra.

De diversos lugares llegaron comunicaciones de pésame con telegramas de Maura, Antonio Gomar, Carlos María de Ocantes, Manuel Marañón, «Azorín», Narciso Oller, José Ortiz de la Torre, Luis Redonet, Domingo Cuevas, etc. Galdós recibió un telegrama el 2 de marzo, que decía: «Fallecio Pereda anoche once». Inmediatamente contestó con otro en estos términos: «He sabido inmensa desgracia. Me asocio al duelo nacional por pérdida del gran maestro y amigo incomparable». Menéndez Pelayo remitió estas escuetas y sentidas palabras: «Acompañó a usted es en su inmenso dolor».

El Ayuntamiento de Santander se reunió en sesión extraordinaria y aprobó hacer constar las siguientes propuestas: el sentimiento de toda la Corporación, el deseo de asistir a las exequias y a la conducción del cadáver, invitar al comercio a cerrar durante las horas del entierro y encabezar una suscripción para erigirle un monumento. A su vez, el Cabildo catedralicio se reunió también en sesión extraordinaria y envió un escrito de pésame a la familia en el que anunciaba el nombramiento de un representante en los funerales y en el entie-

rro, acto que también acordó la Comisión provincial que le dedicó una corona con la siguiente inscripción: «La provincia a don José María de Pereda». Sin embargo, la familia no admitió coronas. En el portal de la casa se colocaron pliegos para firmas y la casa fue muy visitada por las amistades y gentes de diferentes clases sociales. El cuerpo fue introducido en una caja de hierro y cinc forrada de terciopelo negro. Iba vestido con traje negro con una medalla de San José al cuello. En las manos cruzadas sobre el pecho llevaba un crucifijo. El cadáver fue velado por las Hermanas de la Caridad, Siervas de María y monjas del convento de Polanco. Los funerales se celebraron en la Iglesia de Santa Lucía. Los restos salieron desde la casa del Palacio de García Macho, en la calle Hernán Cortés, en la Plaza nueva, a cuya puerta aguardaba un numeroso público. El féretro fue bajado por los hijos y por amigos y familiares entre los que estaban Rafael Botín y Sánchez de Porrúa, Eduardo de Huidobro, José María Quintanilla y Federico Vial. En un coche estufa se trasladó el cuerpo y se inició el cortejo con la asistencia del Ayuntamiento en pleno llevando el pendón de la ciudad. Gran número de coches y de personas le acompañaron hasta la Segunda Alameda para continuar camino de Polanco donde era esperado por todo el vecindario. Después de cantar un responso el féretro fue sacado a hombros hasta su casa y del mismo modo hasta el cementerio donde fueron depositados en la cripta.

El monumento había sido diseñado por Pérez Galdós, previa solicitud al ayuntamiento de Polanco para realizar la obra. En septiembre de 1891 escribía el novelista de Polanco a su queridísimo amigo, como siempre le llamaba:



Cadáver en la capilla ardiente.



Panteón de la familia en el cementerio de Polanco.



El Excmo. Ayuntamiento de Santander invitó al comercio de la ciudad
a la general manifestación de duelo cerrando durante el entierro.



EL EXCMO. SEÑOR

DON JOSÉ MARÍA DE PEREDA Y SÁNCHEZ DE PORRUA

HA FALLECIDO Á LAS ONCE DE LA NOCHE DEL DÍA 1º DE MARZO DE 1906

HABIENDO RECIBIDO LOS AUXILIOS ESPIRITUALES Y LA BENDICIÓN APOSTÓLICA

R. I. P.

Su esposa doña Diodora de la Revilla, sus hijos doña María, don José María, don Salvador y don Vicente, sus hijos políticos doña Isabel Vilotta y don Enrique Rivero, su hermana doña María de los Dolores, sus nietos, hermanos políticos y demás familia,

SUPPLICAN á sus amigos encomienden á Dios el alma del finado y se dignen asistir al funeral que se celebrará mañana, sábado, á las diez y media, en la iglesia parroquial de Santa Lucía y á la conducción del cadáver, que se verificará á las doce del mismo día, desde la casa mortuaria, Hornán Cortés, 9, al sitio de costumbre, para ser trasladado al pueblo de Polanco.

La Misa de alma será mañana, sábado, á las ocho en la iglesia de Santa Lucía.

Santander 2 de marzo de 1906.

«Renunciando ya, mi arrastrado don Benito a la esperanza de verle por acá en lo que resta de siglo, terminado el panteón y apremiado por el contratista para que le dé las inscripciones que han de grabarse en las tres lápidas ya cortadas y dispuestas, le pido el favor de que, a vuelta de correo, me mande en un papelejo cualquiera, alguna de las que tiene V. apuntadas en castellano y otras tantas en latín, por si son éstas más al caso que las que yo he tomado de un libraco que me prestó este Sr. Cura, y hay entre aquellas una que me satisfaga, para ponerla entre las otras dos. En la lápida de la puerta y bajo una cruz bizantina esculpida en el copete, no irá mas que esta inscripción:

Propiedad
de la familia
de
D. J. M. de P...
1891»⁶⁹

A los pocos días volvía a escribirle y le agradecía la pronta respuesta, a la vez que le añadía que los dos habían coincidido en la elección de ciertos salmos que se escribieron en letra gótica. El visitante que se acerca en la actualidad a ver el panteón puede leer las austeras y moralizantes inscripciones elegidas que hacen meditar al viajero: *Ossa arida, audite verbum Domine* y las otras dos en las que se lee: *Omni qui vivet et credit in me, non morietur in aeternum;* *Tu nobis Domine dona requiem et locum indulgentiae.*



Cementerio de Polanco en 1906.



Inscripciones con salmos del Panteón.

⁶⁹ ORTEGA, Soledad: *Cartas de Pereda a Galdós*, Madrid, Revisa de Occidente, 1964, p. 152.

Apéndice

Vicente Pereda, «Doña Bárbara Sánchez de Porrúa». Notas familiares. Copia mecanográfica cortesía de María Fernanda de Pereda.

«Doña Bárbara Sánchez de Porrúa y Fernández de Castro —madre del escritor José María de Pereda— nació en Comillas el 31 de diciembre de 1787 y murió en Santander el año 1855. Era hija de Manuel Sánchez de Porrúa y Fernández del Prio, natural de Pesués, y de Bárbara Fernández de Castro y González de la Reguera, natural de Comillas. Llevaba, pues, por parte de su madre, dos de los comillanos más señalados y respetables y en cuyo tronco hubo personajes eclesiásticos, militares ilustres e ingenios de recuerdo feliz. Bárbara Sánchez de Porrúa se educó en un buen colegio de Oviedo en el que dio muestras de inteligencia muy despierta. Era alta y fornida, con rostro moreno y poco bello y en el que dominaban los ojos garzos y profundos. A los quince años de edad, se casó con Juan Francisco de Pereda y Fernández de Haro, de diecisiete años; hijo de Pedro Antonio de Pereda y Pérez de la Cantolla, natural de Rumoroso y de Vicenta Fernández de Haro y Gómez de Menocal, natural de Polanco y vecinos ambos de este pueblo.

Una vez casada, fue a vivir al lugar de su marido y en Polanco residieron toda su vida, con brevísimas ausencias, hasta que en sus

Índice

Introducción	11
El escenario	17
La época	37
Nacimiento y familia	47
Estudiante y recuerdos juveniles	53
Rasgos de su personalidad	65
Amistades e influencias literarias	71
Pereda regionalista	81
Los últimos años del novelista	83
Duelo, velatorio y entierro	93
Apéndice	97



Se terminó de imprimir en la ciudad de Santander el 9 de setiembre de 2003, festividad de San Pedro Claver, en Bedia Artes Gráficas, S. C., día en que se cumplía el centenario del acto oficial en que recibió Pereda la Gran Cruz de Caballero de la Orden Civil de Alfonso XII.

LAUS DEO